
Deseo
LA SAGA DE LOS
BARONE
Leanne Banks

El playboy enamorado

De soltero empedernido a padre entregado.

El guapísimo Nicholas Barone no podía creerse que aquella niña de un año fuera hija suya. Con lo único que estaba comprometido el atractivo empresario era con su numerosa familia italiana, su próspero negocio… y sus abundantes relaciones pasajeras. Hasta que una pequeña puso todo su mundo patas arriba.

Fue entonces cuando apareció Gail Fenton, la niñera perfecta, y en poco tiempo hizo que Molly volviera a sonreír y Nicholas no pudiera dejar de fantasear. El guapísimo padre soltero sabía que tenía problemas porque a diferencia de otras mujeres, que solo querían su dinero o su nombre, Gail quería su corazón…

Quién es quién

Nicholas Barone: Es cien por cien americano, pero por sus venas corre ardiente sangre italiana. Nicholas ha sido educado para honrar a la familia y esforzarse por alcanzar la perfección, aunque este soltero de éxito no se comporta como un caballero las veinticuatro horas del día… para delicia de las mujeres más atractivas de Boston.

Gail Fenton: Es virgen, aunque teme que no será por mucho tiempo. La culpa la tiene su jefe, Nicholas, que rezuma sensualidad. Ella asegura que es inmune a él, pero enseguida se verá atrapada entre sus deseos y el sentido común.

Cario y Moira Barone: Son padres de ocho hijos e hijas ya crecidos y, como tales, son profesionales de la preocupación. Pero cuando se trata de cuestiones del corazón, nadie sabe más que esta pareja, cuyo amor venció contra todo pronóstico.

Prólogo

Ella había sido una belleza de ojos azules con un cuerpo capaz de volver loco a cualquiera. También tenía un corazón de acero con el que podía cortar a un hombre en pedacitos.

Si Nicholas Barone hubiera sido supersticioso, habría pensado que sobre él había caído la maldición del día de San Valentín que supuestamente azotaba a su familia. Casi dos años atrás, el 14 de febrero, tenía el anillo preparado y estaba dispuesto a declararse a Danielle Smithson.

Recordó cómo había utilizado su llave para entrar en el apartamento de Danielle, deseando sorprenderla, justo a tiempo para escucharla decir por teléfono a una amiga que aquella noche iba a «atrapar a uno de los grandes».Completamente segura de su encanto, Danielle le había prodigado un sinfín de atenciones perfectamente calculadas para conseguir su objetivo, tal y como descubrió Nicholas más tarde. Había fingido estar loca por él solo para conseguir meter las manos en la fortuna de su familia.

Nicholas todavía sentía una pizca de amargura al recordar la desagradable escena que había tenido lugar a continuación. Viendo que era inútil negar lo evidente, Danielle había desplegado todos sus encantos femeninos para intentar aplacarlo. Tal vez Nicholas fuera cien por cien americano, pero tenía sangre italiana corriendo por sus venas, y se juró a sí mismo que aquello se había terminado.

Incluso todavía ahora, sentado en la oscuridad del cuarto de su hija aquel día de Enero, sintió cómo volvía a asaltarlo una oleada de rabia. Nicholas dirigió entonces la mirada hacia aquella hija de un año cuya existencia había ignorado hasta diez días atrás. Nada más terminar con Danielle, ésta había encontrado otro hombre con una cuenta corriente más que saneada y, al parecer, había intentado hacer pasar a Molly por su hija.

Nicholas exhaló un profundo suspiro y dejó escapar en él algo de su amargura. Mientras encontraba consuelo observando la inocencia y la vulnerabilidad de Molly, escuchó el sonido de unos pasos a su espalda. Sospechó que se trataría de sus padres. Aunque su padre lo negara, en lo que se refería a sus ocho hijos, ambos eran profesionales de la preocupación. Nicholas se dio la vuelta al sentir la mano de su madre sobre el brazo. Su padre, un hombre que siempre se las había arreglado para inspirar ternura a pesar de

medir cerca de un metro noventa, sacudió la cabeza mientras clavaba la vista en la cuna.

—Nunca le perdonaré a esa mujer el haberte ocultado que tenías una hija —dijo sin poder disimular la rabia—. Cuando pienso que nunca te hubieras enterado si Danielle no hubiera muerto...

—No debemos malgastar energía perdonando a Danielle —respondió Nicholas, cuya propia ira era un reflejo de la de su padre—. Está muerta. Y yo tengo que emplear todas mis fuerzas en ayudar a Molly a acostumbrarse a vivir conmigo y aceptarme como padre…

—Molly te aceptará enseguida —aseguró su madre apretándole suavemente el brazo—. Sigo diciendo que yo podría cuidar de ella.

—No quiero que te agotes —intervino Cario Barone pasando un brazo alrededor de los hombros de su esposa—. Todavía consigues que los hombres giren la cabeza para mirarte cuando entras en una habitación, pero no puedes andar día y noche detrás de una niña de un año.

Moira Barone no había nacido en Italia, pero eso no significaba que no supiera defender su territorio.

—Si tú puedes seguir dirigiendo la mayor empresa heladera de América, ¿por qué no puedo yo correr detrás de mi nieta? —preguntó levantando la barbilla con aire desafiante.

—Puedo seguir dirigiéndola porque Nicholas es mi mano derecha y confío en él. Mis hijos han dejado por fin el nido, y creo que me he ganado el derecho de tener toda la atención de mi esposa al final del día, ¿no?

Nicholas compuso una mueca ante lo posesivo que era su padre. Su madre tenía sesenta y siete años y, para Cario, seguía siendo la luz de su vida.

—Te agradezco que te hayas ocupado de Molly estos últimos diez días, y me gustaría que siguieras pendiente de ella —le aseguró Nicholas a su madre.

Sabía que Moira era perfectamente capaz de hacerse cargo de la niña, pero también era consciente de que su hija reclamaba muchísima atención. La pobre niña lloraba con frecuencia desde que había llegado a su casa.

—Molly ha perdido a su madre, y sé que tengo que crear una atmósfera estable a su alrededor. Mi asistenta hace muy bien su trabajo, pero los niños no son su fuerte. Dadas las exigencias de mi trabajo, necesito una niñera. Ya he contactado con un par de agencias.

—¿Estás seguro de que es lo mejor? —preguntó su madre con

incertidumbre mientras observaba la cuna.

—Lo estoy —respondió Nicholas. —Nicholas tiene razón. Él se ocupará de la bambina y nosotros ejerceremos de abuelos —dijo su padre.

—¿Y podré visitarla siempre que quiera? —preguntó su madre.

Nicholas sintió que se le enternecía el corazón. Su madre ya se había encariñado con su primera nieta a pesar de sus continuos sollozos.

—Por supuesto. Todos los días, si te apetece.

—Es una niña preciosa —aseguró Moira girándose hacia él—. Es igualita que tú cuando eras bebé: pelo negro y rizado, ojos azules, y esa barbilla desafiante, igual a la de tu padre... tu padre es un buen hombre, Nicholas, y tú también. Molly tiene mucha suerte.

Nicholas sintió que se le encogía el corazón. Aquel voto de confianza de su madre era como un bálsamo para su alma confundida. Todavía se estaba recuperando de la noticia de enterarse con treinta y cinco años de que era padre, y, el Cielo lo sabía, no era ningún experto en niñas de un año.

—Gracias, mamá.

—Es la pura verdad —respondió ella besándolo en la mejilla—. Iré por mi abrigo.

—Enseguida voy —dijo Carlo apretando la mano de su esposa.

En cuanto Moira hubo salido, su padre se aclaró la garganta antes de hablar.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame de inmediato.

—Sabré manejarme —respondió Nicholas asintiendo con la cabeza.

—Eso ya lo sé —aseguró su padre—. Siempre has sabido superar todas las dificultades. Me hubiera gustado que encontraras un amor como el que compartimos tu madre y yo.

—Y en lugar de eso, encontré a Danielle —respondió Nicholas con amargura.

—Eres joven —protestó Garlo— Aún te queda mucha vida por delante.

—Toda mi atención está centrada ahora en velar por mi hija. Teniendo una niñera, no necesitaré ninguna esposa.

—Una niñera no puede hacerse cargo de todas las necesidades de un hombre.

—Un hombre no tiene por qué casarse para satisfacer ese tipo de necesidades —contestó Nicholas secamente.

—Algún día comprenderás lo que necesita el corazón —aseguró su padre blandiendo el dedo índice hacia él—. Pero por ahora tienes

razón. Debes concentrarte en cuidar de tu hija. Ibas a pedirle a Danielle que se casara contigo el día de San Valentín, ¿verdad? —preguntó Cario tras dudar unos instantes.

Nicholas sabía que su padre estaba pensando en la maldición de San Valentín, que había dejado su marca en más de una generación de los Barone. Su padre nunca había dicho que creyera en ella ni que dejara de creer, pero se refería a ella con cierto recelo.

—Sí, así es. Pero discutimos y ella se marchó de la ciudad.

Siguió entonces un silencio pensativo. Cario dirigió la vista hacia Molly.

—Si la maldición es cierta, en esta ocasión a ti te ha traído un regalo.

Capítulo Uno

Gail Fenton observó la carrera que tenía en las medias y tiró del vestido hacia abajo para tratar de esconderla. Tampoco tenía el pelo en su mejor día, pero no recordaba que aquella melena de rebeldes rizos pelirrojos hubiera tenido un buen día alguna vez. Seguramente, estar perfectamente peinada no era requisito indispensable para el trabajo de niñera, aunque tener un aspecto descuidado durante la entrevista tampoco ayudaría. Pero si Gail se sentía fuera de lugar en el elegante y formal salón de la lujosa mansión de Nicholas Barone, ¿cómo se sentiría la pobre niña?

La asistente de Nicholas Barone, la señora Peabody, le explicó que había ido desde la oficina para ayudar a su jefe en aquellas entrevistas.

—Su currículo dice que es usted licenciada en Ingeniería Informática —dijo mirándola por encima de las gafas—. ¿Por qué quiere ser niñera?

Traducción: Debe usted estar loca si quiere cambiar el prestigio de una buena posición en Ingeniería para cambiar pañales.

Gail estaba acostumbrada a aquella pregunta, y tenía la respuesta preparada de antemano.

—Creo que trabajar con niños es mucho más gratificante. Los niños sonríen y te abrazan. Los ordenadores no.

—Entonces, ¿por qué no se graduó usted en Educación Infantil o algo similar? —preguntó la señora Peabody.

—Por influencia de mi hermano —confesó Gail.

Su hermano Adam había dejado notar su influencia en muchas áreas, y, teniendo en cuanta que sus padres habían fallecido, Gail se había dejado guiar por él hasta hacía muy poco.

—Mi hermano me animó a que estudiara Ingeniería Informática porque es un campo con muchas salidas y porque siempre se me han dado bien los ordenadores. Pero el verano antes de graduarme trabajé como niñera y me encantó. Luego trabajé en una importante empresa informática. Hace poco, la firma sufrió un recorte de plantilla y vi la oportunidad de hacer lo que me gusta: trabajar con niños.

—Sus referencias son excelentes —musitó la señora Peabody—. ¿Es usted consciente de que se trata de un trabajo de interna?

—Eso no constituye un problema para mí —contestó Gail—. Mi compañera de piso va a casarse.

—Creo que el señor Barone debería conocerla —dijo la señora Peabody asintiendo con aire pensativo—. Por favor, espere aquí mientras voy a buscarlo.

—Aquí estaré —respondió con una sonrisa mientras se le agarrotaba el estómago por los nervios.

En cuanto la mujer salió del salón, Gail se puso en pie y comenzó a recorrerlo. Tenía veinticinco años, y le sorprendía estar tan nerviosa a su edad. Quería dar un giro a su vida laboral, pero hasta ahora no había caído en la cuenta de cuánto deseaba conseguir aquel trabajo. Gail se detuvo un instante para contemplar la colección de fotografías familiares que había en una de las paredes.

Los Barone. Eran muchos, y sus nombres y sus rostros aparecían con frecuencia en las páginas de economía y de sociedad del Boston Globe. Gail se preguntó qué se sentiría al tener tantos hermanos y hermanas, y sintió una punzada de envida. Tras la muerte de sus padres, solo quedaban ella y Adam, y aunque su hermano siempre la apoyaba en todo, estaba muy ocupado con su propia carrera. Gail tenía muchos amigos, pero desde que había dejado la Universidad echaba de menos la sensación de pertenecer a algún sitio.

El sonido de la voz de una mujer y los sollozos de una niña la despertaron de su ensoñación. Gail miró hacia la puerta y contempló a una pelirroja imponente, algo mayor, y vestida con lo que se trataba sin duda de un traje de buena marca. Ni uno solo de sus cabellos parecía estar fuera de lugar, pensó Gail mientras se pasaba inconscientemente la mano por su melena rizada.

La mujer llevaba en brazos a una niña de pelo oscuro.

—Nuestra Molly está todavía adaptándose —dijo con expresión triste mientras la miraba directamente a los ojos—. Soy Moira Barone. Perdone que no le ofrezca la mano.

—Yo soy Gail Fenton, encantada de conocerlas a las dos —respondió ella torciendo el cuello con curiosidad para obtener una mejor visión de su potencial responsabilidad—. Dios mío, es guapísima... incluso con la cara tan roja como un tomate.

Gail sopló sobre el rostro de la niña. Molly dejó de llorar y abrió los ojos, con sus pestañas largas y negras llenas de lágrimas. Miró fijamente a Gail, con el labio inferior tembloroso, como si fuera a comenzar a llorar de nuevo.

—Cucú... ¡Tras! —dijo Gail antes de apartarse de su vista.

Se hizo un silencio, seguido de un hipido.

—Cucú ¡Tras! —repitió ella con una sonrisa antes de volver a ocultarse.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Molly.

—Tengo ocho hijos mayores, y me había olvidado por completo del Cucú-tras —aseguró Moira sacudiendo la cabeza, impresionada.

—Demasiadas reuniones en el club con las matronas de la Alta Sociedad —dijo un hombre que entraba en ese momento en el salón acompañado de la señora Peabody.

Gail le echó un vistazo y apretó la mandíbula. Aquel hombre mediría bastante más de un metro noventa. Tenía el pelo negro como el ala de un cuervo, las facciones como labradas a cincel y un cuerpo musculoso que sin duda le haría tener mujeres a patadas. Seguramente tendría que apartarlas con un bastón. El brillo de crueldad que despedían sus ojos se clavó en el estómago de Gail. Estaba segura de que muchas mujeres intentarían domarlo, pero ella no poseía ni el atractivo, ni la capacidad de seducción suficientes para atraer a un hombre como Nicholas Barone. Además, sabía que él no se fijaría jamás en ella. Una lástima, pero así era. Se conformaría con admirarlo desde lejos.

Gail se giró instintivamente hacia Moira. Se sentía así más a salvo.

—El poder del Cucú-tras está subestimado, pero estoy segura de que lo habría recordado dentro de unos días.

—¿Y qué sabe una especialista en informática del Cucú-tras? —preguntó el hombre con mirada cínica.

Gail suponía que tendría que haber una buena razón para aquel cinismo, pero no le gustó su actitud. Algo le decía que aquel no era un hombre al que le importara caer bien o no. Ella levantó la vista para encontrarse con su mirada, confiada en su habilidad para cuidar de la hija de aquel hombre, e igual de segura de su falta de atractivo femenino.

—Podría escribir una tesis a propósito del Cucú-tras. Lo mejor que tiene es que no requiere ningún equipamiento especial y puede utilizarse en cualquier momento y en cualquier lugar. Y sin embargo, hacen falta algunas condiciones para jugar a él.

—¿Y cuáles son? —preguntó él alzando una ceja.

—Sentido del humor y disposición.

Gail sintió que el estómago se le llenaba de mariposas ante el modo tan intenso en que Nicholas Barone la estaba mirando

—¿Disposición para qué? —le espetó él.

Gail se aclaró la garganta y rogó en vano para que las mejillas no se le tiñeran de rojo por la vergüenza.

—El adulto tiene que estar dispuesto a perder su dignidad —aseguró, completamente convencida de que ella había perdido ya la

suya.

—¿Ah, sí? —murmuró él observando con atención su currículo —. ¿Y por qué no está aquí escrito «Especialista en Cucú-tras»?

—Sabía que se me había olvidado algo —respondió ella riendo entre divertida y aliviada.

—Soy Nicholas Barone —dijo él extendiendo la mano y mirándola a los ojos.

—Gail Fenton —respondió ella estrechándosela.

—Veo que ya conoce a Molly —continuó Nicholas depositando un beso en la frente de su hija—. Bellísima.

Molly lo miró fijamente y colocó los labios en posición de puchero. Gail no podía culparla. Si Nicholas le parecía a ella alto como una torre, no podía ni imaginarse lo que pensaría la niña de él.

—Por favor, venga conmigo a la salita —le pidió a Gail— Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto —respondió ella—. Encantada de conocerlas, señora Barone, señora Peabody y Molly —dijo siguiendo a Nicholas.

—Todavía no me ha sonreído ni una vez —murmuró él mientras le señalaba un sofá para que se sentara frente al sillón que ocupó él.

—Está impresionada —respondió Gail.

—¿Impresionada? —repitió él mirándola con asombro.

—Sí, eso es. Para la gente normal, usted es muy alto, pero para ella es enorme.

—La gente normal... —murmuró Nicholas rascándose la barbilla.

—Para la media —corrigió Gail—. Algo me dice que no está usted acostumbrado con la idea de pertenecer a la media. Lo siento —dijo al instante mordiéndose el labio inferior—. Es una cuestión demasiado personal para una entrevista de trabajo.

—Sí, en efecto, pero tiene usted razón —aseguró él asintiendo con la cabeza—. A los Barone no se nos permite ser de la media.

Gail observó en sus ojos azules todo un mundo de experiencia, y supo sin necesidad de que se lo dijera que él siempre se había esforzado hasta el límite, porque eso era lo que le habían exigido.

—¿Mantiene usted alguna relación sentimental seria? —preguntó Nicholas sin apartar la vista del currículo.

—Esa también es una pregunta muy personal, ¿no? —se atrevió a decir Gail tras dudar unos instantes.

—Así eso, pero procede. Acabo de conseguir la custodia de una hija que no sabía ni que existía hasta hace dos semanas. No quiero contratar a alguien que no pueda comprometerse a largo plazo.

—¿Qué entiende usted por largo plazo?

—Diecisiete años —respondió Nicholas muy serio antes de esbozar una sonrisa—. Es una broma. Tras un periodo de prueba de treinta días, me gustaría que firmara un contrato de un año.

—Un año no es ningún problema —respondió Gail.

Sentía un extraño cúmulo de emociones. La señora Peabody ya había contado cómo había sabido Nicholas de la existencia de Molly, pero la historia seguía impresionándole.

—Supongo que su vida habrá dado un vuelco tremendo —se aventuró a decir.

—Digamos que mis prioridades han cambiado —dijo él con los ojos encendidos a pesar de su tono de voz neutral—. Lo más importante para mí en este momento es proporcionarle a Molly un ambiente estable. Por eso le he hecho esa pregunta tan personal. ¿Mantiene usted una relación sentimental que resulte incompatible con su ausencia durante un tiempo determinado?

Gail pensó en su pandilla de amigos varones y tuvo que reprimir una mueca. Para ellos, era como uno más.

—En estos momentos no estoy comprometida.

—Bien —aseguró él sacudiendo la cabeza—. Creo que lo mejor será que nos dejemos de formalidades, porque tendremos que comunicarnos con bastante regularidad. Puedes llamarme Nicholas.

Gail quería conseguir aquel trabajo, pero también tenía un presentimiento respecto a Nicholas Barone. Suponía que podría conseguir casi cualquier cosa con su encanto, pero también estaba segura de que esperaba que sus empleados se sometieran a su voluntad sin hacer demasiadas preguntas. Gail escuchó entonces a Molly llorar en el jardín, y pensó aquel trabajo iba a resultar más complicado de lo que había imaginado en un principio. Intentaría respetar los deseos de Nicholas, pero necesitaba saber si él estaría dispuesto al menos a escuchar sus ideas.

—Tengo la impresión de que estás acostumbrado a hacer las cosas a tu manera. Pero si yo estoy convencida de algo, quiero que lo consideres aunque en un principio no te guste.

—Mal que me pese, todavía no soy ningún experto en mi hija —respondió Nicholas—. Espero serlo pronto, pero hasta entonces tendré en cuenta tus puntos de vista. ¿Alguna otra preocupación?

Gail tenía una solamente: era tan guapo que esperaba que no la pillara babeando cada vez que lo tuviera alrededor.

—No, ninguna —aseguró Gail negando con la cabeza.

—Bien. Ya hemos comprobado tus referencias. ¿Cuándo puedes empezar?

—¿Cuándo me necesitas? —preguntó ella con una mezcla de

excitación y cierto temor.

Se escuchó entonces el sonido del llanto de Molly.

—Ayer —aseguró él sin siquiera parpadear.

Dos noches más tarde, Nicholas se dejó caer sobre la cama de la habitación de invitados. Estaban pintando el dormitorio principal, así que se había trasladado temporalmente. No había dormido bien desde que había llevado a Molly a casa. El impacto de aquella súbita paternidad y todas las preocupaciones que traía consigo lo habían mantenido despierto hasta la madrugada. Aquella noche, sin embargo, tras comprobar que su hija dormía, sintió que por fin podía relajarse, gracias en parte a que sentía que Molly estaba a salvo en manos de Gail Fenton.

Ya que él no podía hacer que su hija se sintiera segura, ya que su presencia solamente provocaba lágrimas en Molly, estaba decidido a encontrar a alguien que la hiciera sentirse a salvo. Gail desprendía un calor natural y Nicholas sabía que conseguiría confortar a Molly. Y, por mucho que aquello lo sorprendiera, él mismo también se sentía confortado por su presencia.

A través de la pared, escuchó el ruido de una ducha al cerrarse y una voz femenina cantando. Aquel sonido captó su atención. Nicholas era un soltero impenitente cuyas amantes no solían quedarse a pasar la noche, y no recordaba la última vez que había escuchado a una mujer cantando en su casa.

Sentía curiosidad, así que se acercó más a la pared. Por las palabras que captó, se trataba al parecer de una canción infantil: Al corro de la patata. ..

De pronto, la melodía se detuvo bruscamente y se escuchó un sonido sordo, como de un golpe. Después oyó algo parecido a un gemido, y luego nada.

Nicholas frunció el ceño y se preguntó si no estaría herida. Presionó la oreja contra la pared. Seguía sin oírse nada. ¿Qué podía hacer? ¿Y si estaba tendida en el suelo, inconsciente?

Maldiciendo entre dientes, salió de la habitación y se dirigió al cuarto de Gail, tocando levemente con los nudillos para no despertar a Molly.

—Gail —susurró—. Gail, ¿estás bien?

Nada. Nicholas giró el picaporte y entró, mirando al suelo en busca de un cuerpo tendido. Se dirigió hacia el baño que estaba dentro del dormitorio y captó la visión de Gail Fenton con una toalla alrededor del cuerpo mientras se frotaba las piernas sentadas en el suelo.

—Oh, oh... —susurraba.

A Nicholas le hubiera tenido que faltar un cromosoma “Y” para no fijarse en sus largas y bien formadas piernas, y en el hecho de que la toalla estaba a medio milímetro de dejar al descubierto uno de sus pechos. En otras circunstancias, con cualquier otra mujer, le habría quitado la toalla en menos que canta un gallo, pero en aquellos momentos tenía que asegurarse de que no estaba herida.

— ¿Te encuentras bien?

Gail giró la cabeza hacia él y su boca se transformó en un mohín entre horrorizado y sorprendido.

—Se... señor Barone —murmuró ella subiéndose automáticamente la toalla.

—Puedes llamarme Nicholas —respondió él.

—Estoy bien —aseguró ella colocándose de nuevo la toalla—. He resbalado al salir de la ducha.

—Ha sonado como si estuvieras en peligro de muerte —aseguró Nicholas.

—He caído con fuerza —confesó Gail con cierto rubor—. Es uno de mis puntos flacos. El exceso de confianza. Confío demasiado en mi equilibrio.

—A lo mejor te has distraído por cantar El Corro de la Patata.

El rostro de Gail se tino completamente de rojo mientras se estiraba.

—Voy a ser sincera —dijo en tono confidencial—. No soy Mary Poppins, así que he estado practicando las canciones infantiles que conozco.

—Bueno, si estás segura de que estás bien, me marcho —aseguró Nicholas avanzando hacia ella—. Pero antes, déjame que te ayude a levantarte.

—¡Oh, no! —afirmó Gail negando con la cabeza mientras abría desmesuradamente los ojos—. Señor Barone... quiero decir, Nicholas: no creo que me muera por esta caída, pero seguramente me moriré de vergüenza si no sales de aquí ahora mismo.

Gail sobrevivió aquella noche, aunque se ponía enferma cada vez que pensaba en que Nicholas Barone la había escuchado cantar en la ducha, luego se la había encontrado tirada en el suelo del baño y había estado a punto de verla desnuda. Pero Molly se ocupó enseguida de distraerla. Por desgracia, uno de los trucos más efectivos de Gail para calmarla estaba relacionado con su propio pelo, al que Molly le encantaba engancharse. Aquello significaba que la niña estaba pegada a ella la mayor parte del tiempo que

permanecía despierta, pero Gail confiaba en que aquello fuera un periodo de transición que pronto pasaría.

A las seis en punto de la tarde, Nicholas atravesó la puerta de entrada.

—¡Es papá! —exclamó ella, tratando de contagiarle a la niña un sentimiento de euforia.

Gail avanzó con Molly en brazos hasta el vestíbulo. Nicholas miró a su hija y se acercó con cautela. Gail sintió que la niña le tiraba con fuerza del pelo, un claro signo de tensión.

—Hola, cariño —susurró él en voz baja—. ¿Qué tal has pasado el día hoy?

Molly estrujó aún más el mechón de pelo de su niñera que tenía sujeto y clavó la mirada en su padre.

—¿Qué te está haciendo en el pelo? —se interesó Nicholas arqueando una ceja.

—Creo que lo hace para sentirse segura —aseguró ella con una mueca—. Algunos niños utilizan una manta, pero Molly usa mi pelo.

—Parece que te lo vaya a arrancar —dijo Nicholas acercándose para soltar la mano de Molly.

Gail aspiró el aroma de su loción para después del afeitado, que le llegó como una ráfaga antes de quedarse mirando fijamente la sensual curva de su boca. Se preguntó cómo besaría Nicholas, y una ola de calor se apoderó de ella. Su instinto le decía que seguramente sería un amante increíble.

Pero ella no lo sabría nunca. Y tampoco quería saberlo, se dijo a sí misma mientras sentía cómo Molly se ponía tensa y emitía un sonido de protesta.

—Siempre parece que va a echarse a llorar cuando yo aparezco —dijo Nicholas retirando la mano con el ceño fruncido.

Gail se mordió el labio inferior. Estaba en lo cierto.

—Seguramente necesita pasar más tiempo contigo a solas. Podrías empezar leyéndole por las noches.

Gail habría jurado ver algo semejante a un destello de terror en los ojos de Nicholas, pero le pareció que aquello no podía ser cierto. Después de todo, Molly era su hija. Era imposible que un hombre tan grande y tan poderoso como Nicholas Barone tuviera miedo de su hija... ¿O no?

—Tal vez en otra ocasión —dijo tras unos instantes—. Me he comprometido a asistir a una gala benéfica esta noche. Tengo que actuar como representante oficial de la familia Barone.

—¿Y te gusta ostentar ese cargo? —preguntó Gail sin poder

reprimir la curiosidad.

—Depende de la gala y depende de la compañía —respondió él encogiéndose de hombros.

—Entiendo —contestó Gail sintiendo que le daba un vuelco el estómago al observar el brillo sensual de su mirada.

¿Qué se sentiría al pasar una velada con la atención constante de un hombre como Nicholas Barone? Gail estaba segura de que se pasaría todo el tiempo sonrojándose y tropezando, una actitud muy distinta a la de las mujeres hermosas y seguras de sí mismas a las que estaría acostumbrado. Se preguntó cómo sería la de aquella noche y comentó:

—Supongo que debe ser muy duro escoger el «sabor del día». No recuerdo haber conocido nunca a ninguna mujer a la que no le gusten los helados, así que tú debes representar la combinación perfecta.

—¿Y qué combinación sería esa? ¿Rico y…?

—No estaba pensando en el dinero —aseguró Gail sacudiendo la cabeza—. Estaba pensando en un helado cubierto de algo delicioso… algo caliente —dijo sin pensar.

Porque si había una frase que describía a la perfección a aquel hombre, era aquella:

—Caramelo caliente.

Nicholas la miró fijamente durante unos instantes, y Gail sintió que una oleada de vergüenza le invadía el cuerpo. ¿En qué estaría pensando para decir semejante disparate? Una cosa era pensarlo, y otra muy distinta decirlo. Se estremeció, dando por seguro que tenía las mejillas del mismo color que el pelo. ¿Estaría predestinada a ponerse en ridículo constantemente delante de aquel hombre?

—¿Podemos olvidarnos de lo que he dicho?

—¿Olvidar que acabas de compararme con un helado cubierto de caramelo caliente? —preguntó Nicholas sacudiendo la cabeza con parsimonia—. No. Estoy seguro de que lo recordaré durante mucho tiempo.

Capítulo Dos

Tras aquellos dos días tan atareados, Gail tendría que haber entrado en estado de coma. Y, sin embargo, contemplaba con los ojos abiertos de par en par el techo alto de su elegante dormitorio. Molly había conseguido dormirse por fin hacía una hora. Ocuparse de una niña de un año tan difícil era a la vez gratificante y agotador. En las pocas ocasiones en las que Molly sonreía, era como si el sol se hubiera asomado por fin tras una nube.

Gail sentía que estaba haciendo progresos en su trabajo, pero estaba preocupada por Molly y Nicholas. Había intentado sin éxito animar a Nicholas para que pasara más tiempo con su hija. Él había hecho amagos, pero en cuanto la niña se ponía a llorar, como siempre hacía, se daba la vuelta. Gail no sabía cómo conseguir acercarlos. Si Molly seguía llorando y Nicholas seguía huyendo, temía que nunca llegaran a desarrollar la relación cálida y cariñosa que podrían tener.

La misma relación cálida y cariñosa que Gail hubiera tenido con su padre si éste viviera. El recuerdo de la muerte de su padre le provocó una punzada de dolor que creía más o menos superado.

Abandonando cualquier esperanza de dormirse, Gail se levantó de la cama y se puso la bata. Bostezó, se calzó las zapatillas de conejitos rosas y se dirigió a la cocina para prepararse un descafeinado. Al pasar ante la puerta del cuarto de Molly, se dio cuenta de que estaba entreabierta.

La empujó con curiosidad y vio a Nicholas al lado de la cuna de su hija. Iba vestido con un traje de lana oscura que se había puesto por la mañana y con el que había asistido aquella noche a la gala benéfica. Se había aflojado la corbata y estaba totalmente concentrado en la visión de su hija dormida.

—Te pillé —susurró Gail, enternecida al observar el gesto amoroso que Nicholas tenía dibujado en el rostro.

—Eso parece —respondió él girándose levemente para mirarla con una media sonrisa.

—¿Has visto como ahora no llora? —bromeó Gail acercándose a la cuna.

—Toda su vida ha cambiado por completo de la noche a la mañana. Yo no quiero confundirla más, así que todas las noches vengo a verla cuando está dormida —confesó Nicholas mirando de nuevo a su hija—. Tal vez se acostumbre a mi presencia por medio

de la osmosis, o algo parecido.

—Quizá podrías probar a dejarle algo tuyo en la cuna —sugirió Gail—. Algo que lleves pegado a la piel. Algo que huela a ti.

—¿Los calcetines? —bromeó él.

—No —contestó ella con una mueca burlona—. Se trata de conseguir que se acerque a ti, no que salga corriendo... Tal vez la camiseta —aventuró.

Nicholas permaneció completamente inmóvil durante largo rato.

—De acuerdo —dijo finalmente asintiendo con la cabeza.

Entonces se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa.

—Toma, sujétame esto —dijo tendiéndole a Gail la americana.

—Oye, no hace falta que... —comenzó a decir ella con la boca abierta.

Pero Nicholas no la dejó terminar. Gail se quedó sin palabras cuando le pasó también la camisa y se quitó la camiseta de un solo movimiento. Ella no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirando embobada aquel musculoso pecho desnudo. Un sendero de pelo suave y oscuro le recorría el centro del torso y el abdomen para desaparecer bajo la cinturilla de los pantalones negros. Nicholas colocó con cuidado la camiseta al lado de Molly, y los músculos se le tensaron con aquel movimiento.

—¿Alguna otra sugerencia? —preguntó volviéndose hacia ella.

Gail pensó que no se le ocurría ninguna que no la pusiera en peligro de sufrir un ataque al corazón.

—Tendrás la oportunidad de estar con ella a solas mañana por la noche —aseguró tras aclararse la garganta.

—¿Mañana por la noche? —repitió Nicholas con la alarma reflejada en los ojos—. No te irás a marchar, ¿verdad?

—Por supuesto que no —susurró Gail para no despertar a Molly —.Pero mañana es mi noche libre.

—¿Y qué hago con ella? —preguntó él con angustia tras unos instantes.

El corazón de Gail se enterneció con una mezcla de compasión y admiración. Nicholas Barone era un hombre increíblemente poderoso, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario por la hija cuya existencia ignoraba hasta hacía dos semanas.

—Léele. Préstale atención. Las mujeres son iguales a cualquier edad. Les encanta que les presten atención. Les encanta que las conquisten. Les encanta que las hagan reír.

Al decir aquello, Gail se dio cuenta de que estaba tan cerca de él que podía observar el nacimiento de la barba en su mandíbula. De

pronto, se sintió algo aturdida.

—Las mujeres son iguales a cualquier edad —repitió Nicholas recorriéndola con la mirada con curiosidad—. ¿Y qué es lo que le encanta a Gail? ¿Que la conquisten y que la hagan reír?

Gail tendría que estar imaginándose la intensidad de aquella mirada, porque estaba segura de que él no podría mirarla del modo en que los hombres miran a las mujeres que encuentran deseables.

Bajó la vista para aclararse la mente, y la clavó en sus calzados respectivos. Él llevaba zapatos italianos, y ella, zapatillas rosas con conejitos. Dio un paso atrás.

—A Gail le encantaría tomarse una infusión. Te dejaré a solas con tu hija. Y no te preocupes por lo de mañana. Te dejaré preparados sus libros favoritos, y, si eso no funciona, siempre puedes inventarte un cuento. Buenas noches, Nicholas —concluyó retrocediendo otro paso.

—Gail —susurró él cuando ella se giró.

—¿Sí? —preguntó Gail dándose la vuelta.

—Unas zapatillas preciosas.

Sintió que las mejillas se le sonrojaban ante el tono burlonamente sensual de su voz. Su voz era tan sensual que seguramente podría leer el Wall Street Journal y las mujeres le rogarían que las llevara a la cama. Gail sofocó un gemido. Definitivamente, tenía que asegurarse de no volver a coincidir con Nicholas a esas horas de la noche. Una mujer necesitaba utilizar todas sus facultades y toda su fuerza de voluntad para luchar contra el impacto de aquel hombre.

A la noche siguiente, Gail jugó al voleibol con su equipo. Aquella era una de sus aficiones favoritas, pero había estado tan inmersa en su nuevo trabajo de niñera que al principio le costó bastante concentrarse. Su viejo amigo y compañero de equipo, Jonathan, había bromeado con ella hasta hacerla salir de su ensimismamiento. Después del partido y tras una corta ducha en el gimnasio, se reunió con sus compañeros para tomar una cerveza en el bar de al lado. Pero seguía teniendo la mente en Molly y en Nicholas: se imaginaba a la niña llorando a moco tendido, con la cara roja, y a su padre desanimado y desesperado, así que Gail se marchó pronto.

Cuando atravesó la grandiosa puerta de madera de la entrada, aguzó el oído para escuchar algún sollozo. En su lugar, oyó la voz de barítono de Nicholas saliendo de la cocina. Gail avanzó en

silencio por el pasillo y escuchó que sus palabras iban acompañadas por balbuceos alegres que surgían de la boca de Molly. ¿Alegres? Gail ahogó una exclamación de sorpresa y se quedó en la puerta de la cocina.

—¿Te gusta el helado Baronessa de fresa? —dijo Nicholas—. Tienes un gusto excelente. ¿Quieres que te cuente su historia?

Molly emitió un balbuceo inteligible, pero, de nuevo, era un sonido alegre.

—Sabía que te interesaría. Tu bisabuelo Marco llego a América desde Italia y se enamoró de una chica llamada Angélica, que hacía postres de helado. Se fugaron para casarse en secreto el día de San Valentín, y más tarde abrieron una gelateria, que es como se dice heladería en italiano. ¿Eres capaz de decir gelateria?

Le siguió otro balbuceo inteligible, y Gail sonrió con arrobo ante la ridícula pregunta de Nicholas.

—No importa —continuó él—. Estoy seguro de que mi padre se encargará de que aprendas algo de italiano. Pero volvamos a la historia. Marco llamó a la heladería «Baronessa» porque su apellido, nuestro apellido, significa «barón». La heladería se hizo muy popular entre la gente. Fue todo un éxito. Los años pasaron, y mi padre, Cario, que es Master en Económicas por la universidad de Harvard, expandió el negocio a nivel nacional. Y ahora, los helados Baronessa pueden encontrarse en las tiendas de gourmet de todo el mundo... y también por todo tu cuerpo, pequeña —aseguró tras una breve pausa—. Me temo que vas a necesitar otro baño, y algo me dice que no va a ser una medida tan popular como el helado de fresa.

—Parece que por aquí habéis estado de fiesta... —dijo Gail asomando la cabeza.

Nicholas escuchó a Molly proferir unos grititos de alegría y sintió una oleada de alivio ante la presencia de Gail. Ella se acercó hasta la niña con una sonrisa, tomó una servilleta y comenzó a limpiarle la carita.

—Ten cuidado —advirtió Nicholas cuando Gail sacó a la niña de la trona—. Tiene el pijama lleno de helado, y puede mancharte.

—No me importa —respondió ella encogiéndose de hombros—. No soy demasiado remilgada. Y no lo era. Nicholas no estaba acostumbrado a mujeres poco remilgadas. Siguió a Gail por las escaleras con la vista clavada en la curva que los pantalones vaqueros le hacían en el trasero. Recordó la visión de su cuerpo semidesnudo en el baño, y se imaginó aquella figura tan atlética desnuda. Tenía la sospecha de que Gail tendría una musculatura

suave y bien formada, con unas piernas capaces de enredarse sin problemas alrededor de la cintura de un hombre...

Nicholas contuvo un gemido. Por el amor de Dios, aquella era la niñera de su hija. Y ni siquiera era su tipo: era muy distinta a las mujeres impecablemente peinadas con las que solía salir.

Gail tenía un pelo salvaje, al que no podía dominar ni cuando se lo peinaba hacia atrás. La imagen prohibida de una Gail desnuda con el cabello rojo flotando al viento y en el rostro una expresión de éxtasis se apoderó de su mente.

Nicholas frunció el ceño y contuvo otro suspiro. Tal vez hacía demasiado tiempo que no se llevaba a una mujer a la cama. Seguía asistiendo a los actos públicos con damas hermosas, pero había estado demasiado concentrado en el hecho de haberse convertido en padre como para ocuparse de sus necesidades sexuales.

Nicholas trató de apartar aquellos turbadores pensamientos de su mente mientras se reunía con Gail en el baño de la niña. Gail abrió el grifo y la bañera comenzó a llenarse.

—¿Qué tal el partido?

—Muy bien, gracias por preguntar. Por supuesto, hemos ganado —aseguró ella con un brillo de competitividad en la mirada—. Llevamos tres años sin sufrir una derrota. Es un equipo mixto, y los chicos no dudan en azuzar a las mujeres cuando no somos los suficientemente agresivas.

—¿No es ninguno de esos chicos especial para ti?

—Todo son especiales —aseguró Gail mientras comenzaba a desnudar a Molly—. Pero para ellos yo soy como uno más.

—No pueden estar tan ciegos —dijo él.

—Gracias, eres muy amable —respondió Gail girándose para sonreírle mientras metía a la niña en el agua tras comprobar la temperatura—.Y hablando de personas especiales, ¿qué me dices de ti?

—Molly es la única chica especial en mí presente y en mi futuro —afirmó Nicholas con un deje de amargura al recordar a la madre de su hija—. Estoy decidido a mantener solo relaciones a corto plazo con las mujeres.

—Ya, seguro —respondió Gail con una mueca de desconfianza mientras le frotaba la barriguita a Molly.

—Qué pasa, ¿no me crees? —preguntó Nicholas, claramente ofendido por su reacción—. Siempre soy muy claro con las mujeres respecto a mis intenciones. No les queda ni la menor duda.

—Tal vez no, pero les queda la esperanza —afirmó Gail pasándole la esponja a la niña por el resto del cuerpo.

—¿La esperanza de qué?

—De que te enamores locamente de ellas —contestó Gail, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

—Nunca volveré a enamorarme locamente de nadie —aseguró él con una mueca cínica—. Los finales felices no existen.

Gail frunció el ceño como si no estuviera de acuerdo con él pero tuviera que morderse la lengua. Nicholas sospechó que le costaría mucho trabajo hacerlo cuando tenía una opinión formada respecto a algo. Gail sacó a Molly de la bañera y la envolvió en una toalla. Con un movimiento rápido, se la puso a su padre entre los brazos.

—No sé qué decirte —aseguró Gail señalando con un gesto a la niña—. Pero me parece que esta vez has ganado la partida.

Nicholas miró en los ojos inocentes de su hija y sintió que el corazón se le agrandaba con un sentimiento de protección y amor.

—Supongo que sí —dijo sonriendo a Molly.

A finales de aquella misma semana, Gail se encontró a Nicholas en la cocina cuando éste estaba sacando una botella de agua de la nevera. Se había pasado la tarde de reunión en reunión para intentar solucionar unos problemas en la producción. Estaba tan tenso que sentía como si tuviera los músculos del cuello duros como una rueda de caucho.

Al verla sonreír, sintió que aquella tensión se aflojaba.

—Bienvenido a casa. Lamento asaltarte nada más entrar por la puerta.

—¿Pasa algo? —preguntó sintiendo de nuevo el cuello agarrotado.

—Nada grave —afirmó Gail mostrándole el marco de fotografía que llevaba en una mano—. Tengo que hacerte una petición especial. Necesito una foto tuya para ponerla en el cuarto de Molly. Estás fuera todo el día, así que pensé que sería bueno que tuviera un recordatorio visual tuyo. Lo mejor sería una foto informal.

—De acuerdo, veré qué encuentro por ahí —dijo Nicholas encogiéndose de hombros.

—Y también necesito que le grabes un mensaje —continuó Gail acercándose para mostrarle el marco—. Cualquier cosa: unas palabras, una canción... Mira lo que he comprado hoy: es estupendo. Cada vez que aprietas el botón que hay en el marco, se escucha el mensaje. A Molly le encantará.

Sonó entonces el timbre de la puerta y Gail miró el reloj.

—Debe ser Jonathan. Es un amigo —dijo respondiendo a la

pregunta de Nicholas antes de que éste se la formulara—. Me ha llamado para decirme que quería ver el partido de baloncesto conmigo. Dijiste que podía utilizar el estudio del piso de abajo por las noches si quería traer a mis amigos. ¿Te sigue pareciendo bien?

La verdad era que no. Después de un día tan duro, Nicholas hubiera querido disfrutar de unos minutos de conversación con Gail. Pero no sería justo limitarle su vida social solo porque estar con ella le resultaba tan refrescante como una botella de agua.

—Por supuesto —aseguró—. De todas formas, voy a irme pronto a mi habitación.

—Así podrás grabar el mensaje y buscar la foto —aseguró ella con una amplia sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta.

—Ya veremos —murmuró Nicholas mientras ella abría.

Un hombre de unos veintitantos años levantó a Gail del suelo.

—¿Cuánto tiempo pensabas dejarme ahí fuera bajo el frío? Empezaba a preguntarme si no me habría equivocado de casa.

—Bájame, Jonathan. No te preocupes, que no te vas a perder el principio del partido.

—Ya me estás rompiendo otra vez el corazón —aseguró el hombre volviendo a ponerla con los pies en el suelo—. Lo que no quería era perderme ni un solo minuto a tu lado.

—Lo siento, pensé que ya te habías ido —dijo Gail mirando por encima de su hombro y encontrándose con Nicholas—. Te presento a Jonathan O'Reilly, compañero de equipo y uno de mis mejores amigos, a pesar de que se tome demasiado en serio su coqueteo irlandés. Éste es Nicholas Barone, mi jefe.

—Encantado de conocerlo —dijo el hombre extendiendo la mano—. Soy un consumidor habitual de sus productos, y un admirador de su empresa.

—Gracias —respondió Nicholas.

Aquel hombre le gustaba y al mismo tiempo no le gustaba. Gail podía insistir cuanto quisiera en que era solo un amigo, pero Nicholas había visto lo suficiente como para comprender que Jonathan buscaba algo más que una amistad. Le dio rabia la familiaridad con la que aquel hombre tocaba a Gail, lo que era una tontería. Siempre y cuando ella hiciera bien su trabajo con Molly, no deberían importarle sus relaciones.

—En la nevera hay cervezas. Buenas noches a los dos —se despidió Nicholas antes de comenzar a subir las escaleras.

Sentía una inexplicable sensación de incomodidad. Escuchó la voz de Jonathan seguida de la risa de Gail y se detuvo en medio de las escaleras.

Aquella risa, natural e inintencionadamente sexy, le provocó una oleada de deseo que le atravesó el cuerpo. Había algo en ella que la convertía en adictiva, y a Nicholas se le ocurrió pensar que hacer reír a Gail tendría que ser como llevarla al orgasmo. Aquel pensamiento lo dejó noqueado, pero sabía que era cierto.

Ella volvió a reírse, y Nicholas sintió de nuevo la misma sensación. No pudo evitar fruncir el ceño, porque no recordaba haberse excitado nunca antes con solo escuchar la risa de una mujer. Tratando de calmar la extraña y urgente necesidad que sentía de ser el hombre que la hiciera reír, Nicholas subió el resto de las escaleras, pero no pudo resistir la tentación de dejar la puerta de su dormitorio abierta para poder volver a escuchar su risa.

Durante las dos siguientes horas, se dedicó a preparar los informes para la próxima reunión regional. Sentía las pestañas cada vez más pesadas, así que cerró los ojos y se apoyó contra la almohada, diciéndose a sí mismo que descansaría solo unos instantes... y de pronto se vio inmerso en un sueño que era una mezcla de imágenes sensuales en las que la protagonista absoluta era Gail. Aparecía vestida únicamente con una bata de seda negra y se acercaba a su cama con el pelo alborotado y una sonrisa sensual dibujada en los labios. Y cuando la visión de aquella boca acercándose a él estaba a punto de volverlo loco de deseo, el llanto de un niño rompió el hechizo.

La visión desapareció de pronto, y Nicholas parpadeó mientras se incorporaba con el cuello agarrotado. Los papeles descansaban sobre su pecho, y todavía tenía los pantalones puestos, bajo los cuales se dibujaba una gran erección. Qué sueño tan extraño. Escuchó entonces otro grito de Molly.

Nicholas se levantó automáticamente de la cama y salió al pasillo en dirección al dormitorio de su hija. Gail estaba allí, abrazando a la niña, consolándola.

—Nunca viene mal un abrazo cuando se ha tenido una pesadilla —comentó Gail al verlo entrar—. Creo que deberíamos seguir con las medidas que habíamos adoptado para tranquilizarla. —Olvidé poner la camiseta en la cuna —aseguró Nicholas mientras comenzaba a quitársela.

Se dio cuenta de ella dejaba caer la mirada sobre su pecho antes de apartarla deliberadamente. El brillo de admiración que descubrió en sus ojos le alcanzó todas las terminaciones nerviosas hasta llegar a su corazón. Nicholas se dio cuenta de que Gail se sentía atraída hacia él, y tuvo la impresión de que se trataba de una atracción sincera. Todo lo sincera que podía ser tratándose de una mujer, se

corrigió al instante mientras se protegía bajo una armadura de cinismo.

Gail depositó un beso suave sobre la frente de la niña y trató de volver a dejarla en la cuna, pero Molly comenzó a protestar y se vio obligada a volver a sacarla.

—Será mejor que te vayas a la cama. Esto va para largo —aseguró Gail con una sonrisa—. Tal vez tenga que pasarme la noche con ella en brazos, así que vete a dormir. Mañana tienes que trabajar.

Nicholas asintió con la cabeza, salió de la habitación y se dirigió a su cuarto. Todavía tardó un poco en quedarse dormido. Se despertó cuando todavía no había amanecido con la extraña sensación de tener algo que hacer. Recordó entonces las dificultades de Molly para conciliar el sueño, se dirigió al cuarto de la niña y vio a Gail sentada en la mecedora con la cabeza de su hija apoyada sobre el hombro. Aquella visión despertó en su interior una sensación de ternura.

—Métela en la cama —dijo él en voz baja.

Gail levantó la vista hacia él, con las pestañas semicerradas debido a la falta de sueño. Asintió con la cabeza, se levantó muy despacio y colocó a Molly en la cuna. Ambos esperaron en completo silencio.

Se escuchó un sonido de protesta dentro de la cuna y Gail estiró los brazos haciendo amago de alzar a la niña, pero Nicholas la detuvo con una mano.

—Es mi turno.

—Pero tienes que dormir… —afirmó Gail mirándolo sorprendida.

—Ya he dormido algo —aseguró él apretándola suavemente en un hombro—. Ahora te toca a ti. Somos un equipo.

—¿Está seguro? —susurró ella mirándolo a los ojos.

—Vete a la cama.

—Eres muy bueno dando órdenes —bromeó Gail, a pesar de que se le cerraban los ojos de cansancio.

—Lo único que tú tienes que hacer es cumplirlas —dijo él inclinándose para tomar a su hija en brazos.

Durante la siguiente hora, paseó con ella en brazos, meciéndola. Los minutos pasaban muy lentamente y Nicholas se prometió a sí mismo que en el futuro compartiría con Gail todas las noches en vela. La sola idea de compartir una noche con Gail le evocaba imágenes placenteras. Mientras acunaba a su hija y la estrechaba contra sí, tenía la mente puesta en Gail, en su calor y en su

sencillez, en su risa. Molly se sentía a salvo con ella, y, de una manera extraña, Nicholas también.

Los primeros rayos de sol la despertaron. Gail abrió los ojos y se sentó en la cama, aguzando el oído para escuchar si salía algún sonido de la habitación de Molly. Se incorporó, salió de su cuarto y recorrió la pequeña distancia que la separaba del dormitorio de la niña. Entreabrió la puerta y se encontró a Nicholas dormido en la mecedora con su hija también dormida sobre su pecho desnudo.

Aquella imagen la dejó sin respiración. Ambos se parecían mucho, y eran tan hermosos… A pesar de la fuerza de Nicholas y de la vulnerabilidad de Molly, Gail sentía que los dos necesitaban las mismas cosas: seguridad, aceptación y un lugar en que se sintieran a salvo. El deseo de proporcionales todo aquello a ambos era tan fuerte que le dolió. Gail se preguntó cómo era posible que le hubieran conquistado el corazón tan deprisa, pero el caso era que le resultaba muy fácil preocuparse por los dos.

Nicholas era un hombre muy poderoso, pero ella había percibido en él una soledad que mantenía muy oculta. Imaginó que el hecho de ser el primogénito de una familia como la suya tenía que resultar una carga muy pesada. Nicholas se crecía a cada reto, pero Gail sospechaba que había momentos en los que sus obligaciones lo superaban. Y en aquellos momentos, la paternidad era otro reto más.

Gail se inclinó hacia delante y extendió la mano para rozarle el brazo y despertarlo, pero se detuvo a medio camino, como si tuviera miedo de que su piel la quemara. Molesta por el curso de sus pensamientos, Gail lo tocó y se lo quedó mirando. Nicholas abrió los ojos al instante.

—Buenos días —susurró ella colocando la mano en la espalda de Molly—. Creo que por fin ha caído.

La niña apenas se movió cuando Gail la depositó en la cuna. Se encogió un poco para adoptar una posición más cómoda, luego estiró la mano para agarrar la camiseta de Nicholas y se la llevó a la boca.

—Mira —dijo Gail estirando la mano hacia atrás, sabiendo instintivamente que Nicholas estaba a su espalda—. Está besando tu camiseta.

Él se acercó a la cuna y contempló a su hija durante unos instantes con la ternura dibujada en el rostro. Luego se volvió hacia Gail y le dibujó con un dedo las ojeras.

—Tienes que librarte de estas orejas. Vuelve a la cama.

—¿Y tú?

—Me encantaría reunirme contigo, pero tengo que ir a la oficina —aseguró él con una mueca burlona mientras la miraba con aire seductor.

—Yo... no me refería a... —comenzó a explicarse Gail.

—No te preocupes —la atajo Nicholas colocando el dedo índice sobre sus labios—. Estoy bromeando.

Gail contempló su pecho desnudo y sus ojos adormecidos y contuvo un gesto de confusión. ¿Y qué pasaría si ella no quisiera que fuera una broma?

Capítulo Tres

Lo que de verdad le apetecía era una mujer desnuda y un coito ardiente seguido de un poco de paz y un vaso de vino. Nicholas exhaló un profundo suspiro al alcanzar la puerta de entrada de su casa. Estaba muy cansado tras su jornada de trabajo y todavía tenía que asistir a una fiesta en casa del alcalde.

—Bienvenido a casa —lo saludó Gail con una amplia sonrisa, con Molly en brazos—. Tenemos dos sorpresas para ti.

Nicholas se pasó la mano por la mandíbula. Algo le decía que ninguna de las dos incluiría una mujer desnuda ni un coito apasionado. Exhaló un suspiro y trató de apartar de sí sus instintos más bajos para prestarle a su hija toda su atención.

—Hola, señorita Molly. ¿Cómo está usted?

La niña torció suavemente la cabeza con timidez. Aquello era un adelanto. Al menos no se había echado a llorar.

—Hoy hemos ido por primera vez a clase de natación para bebés en el club —dijo Gail—. Los primeros quince minutos se los ha pasado llorando, pero luego se lo ha pasado fenomenal. Creo que es medio pez. Y luego ha estado mirando tu fotografía y apretando el botón del mensaje todo el tiempo. Mira lo que ha aprendido a decir...

—Pá-pá-pá —dijo la niña tras escuchar algo que Gail le dijo al oído.

—Qué niña tan lista —comentó Nicholas acariciándole la cabecita, absolutamente encantado—. Al parecer, lo habéis pasado muy bien hoy. Maldita sea, ojalá no tuviera que ir esta noche a esa fiesta —aseguró con una pizca de envidia.

—No te preocupes por nosotras —respondió Gail sintiendo una punzada de desilusión—. Estaremos bien.

—Ya, el que no estará bien seré yo —dijo con amargura—. Por cierto, puedes tomarte la noche libre. Mi padre está fuera de la ciudad y mi madre dice que tiene síndrome de abstinencia de la niña, así que esta noche se va a encargar de Molly. —Muy bien. Así le enseñará la nueva palabra que ha aprendido. —¿Y tú qué harás?

—No lo sé —aseguró Gail encogiéndose de hombros—. Tal vez llame a Jonathan.

Aquella idea no le sentó nada bien a Nicholas.

—O tal vez podrías convertir esa fiesta en algo más soportable acompañándome —sugirió sin pararse a pensar.

—¿Yo? —preguntó ella abriendo mucho los ojos.

—La chica con la que iba a ir tiene la gripe —dijo Nicholas encogiéndose de hombros—. Para serte sincero, se me había olvidado que me había comprometido a ir hasta que ella llamó para cancelar la cita.

—Ya veo —murmuró Gail parpadeando mientras registraba sus palabras—. ¿Y por qué no buscas en tu agenda, o debería decir en tu gran agenda, y…?

—Porque esta noche no tengo ganas de divertirme. Estoy cansado —aseguró mientras se aflojaba la corbata—. Pero tengo que ir porque se trata del alcalde, y tiene que haber allí un Barone.

—Pero hay muchos Barone, ¿no?

—Sí, pero… —comenzó a decir Nicholas antes de interrumpirse y encogerse de hombros.

—Ya, pero tu eres el mayor y es lo que se espera de ti… ¿es una fiesta formal?

—Yo iré vestido con lo que llevo puesto, y tú puedes ponerte lo que quieras —aseguró él sacudiendo la cabeza—. Las zapatillas de conejitos podrían ser un buen motivo para iniciar una conversación.

—Estoy segura de ello —respondió Gail mirándolo de reojo—. De acuerdo, iré —añadió tras una pausa.

La sensación de alivio que Nicholas sintió en aquel momento lo pilló completamente por sorpresa. Ya tendría tiempo de analizarla más adelante.

—Estupendo. ¿Podrías estar lista en treinta minutos? —preguntó, conociendo de antemano la respuesta.

Aquella era una de las cosas buenas que tenía Gail. Estaba seguro de que se arreglaría en un periquete.

Gail abrió la puerta del armario y tragó saliva. Estaba aterrada. Acababa de aceptar una semicita con Nicholas Barone. Aunque de hecho no se trataba ni siquiera de eso, sino que ella era un remiendo de última hora para un plan al que a él no le apetecía ir.

Gail sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Entonces, ¿por qué había aceptado? Nicholas le había parecido tan guapo y tan indefenso, y tan enternecido cuando Molly lo había llamado papá, que había sentido lástima por él.

Sabía que aquello era ridículo. Se trataba del soltero más deseado de Boston. Era tan atractivo que cualquier mujer necesitaría un traje ignífugo para estar a su lado. Gail le echó un vistazo a su guardarropa, preguntándose si tendría algo que

repeliera el fuego.

Miró el reloj y sintió otra oleada de pánico. Se suponía que tenía que convertirse de niñera a acompañante adecuada en menos de veinticinco minutos, cuando lo cierto era que necesitaría al menos una semana para llevar a cabo semejante transformación.

—Una semana... —murmuró mientras sacaba del armario un jersey marrón y una falda larga a juego.

Confiaba en que todavía le cupiera. Luego sacó un par de botas, y pensó que le harían falta también unas medias. Se dirigió a la cómoda donde guardaba la lencería. El último par que se había puesto tenía una carrera, y, al parecer, no tenía otro.

De nuevo una oleada de pánico. Intentaría taparla con la falda. Luego se miró en el espejo. Tenía que hacer algo con el pelo y con la cara.

Tras varios intentos fallidos de pintarse la raya del ojo, Gail se rindió. Se aplicó un poco de lápiz de labios y luego rimel en sus pálidas pestañas, se recogió el pelo en un moño informal del que se escapaban varios mechones rebeldes, pero no tenía forma de controlarlos. Nerviosa y llena de dudas, bajó las escaleras.

Nicholas se la quedó mirando durante un rato tan largo que estuvo a punto de darse la vuelta y regresar por donde había llegado.

—Chocolate —dijo él finalmente—. Te sienta muy bien el color chocolate.

Y Gail se sintió casi hermosa. Tras un corto trayecto en el deportivo de lujo de Nicholas, llegaron a casa del alcalde. Un aparcacoches se encargó del vehículo y una doncella con uniforme negro les guardó los abrigos. Con una sola mirada al recargado salón del alcalde Foorwood, Gail supo que no estaba adecuadamente vestida. Casi todas las mujeres de la fiesta llevaban el típico vestido corto de color negro. Gail ni siquiera tenía uno de ese tipo. No lo había necesitado para su anterior trabajo, y desde luego tampoco para la pista de voleibol. Trató de dejar a un lado su incomodidad e intentó proyectar hacia el exterior una seguridad que no sentía.

Una mujer vestida con traje negro y collar de perlas se acercó hasta Nicholas y le tendió la mano.

—Nicholas, estamos encantados de que hayas venido. Bill siempre dice que una fiesta no es una fiesta si no hay representación de los Barone. Pensé que Corinne se reuniría también con nosotros —dijo la mujer observando a Gail.

—Corinne está enferma, y Gail ha sido lo suficientemente

amable como para acompañarme en el último momento —aseguró Nicholas—. Gail Fenton, Jo-Ann Forwood.

—Es un placer conocerla. Tiene usted una casa preciosa —dijo Gail.

—Gracias. ¿Trabaja usted con Nicholas? —preguntó Jo-Ann mirándola con mal disimulada curiosidad.

—Bueno, acabo de empezar a...

—Gail es una buena amiga de la familia —interrumpió Nicholas —. ¿No acabas de decirme que tienes sed? —preguntó girándose hacia ella.

Gail se preguntó por qué no querría que Jo-Ann supiera que era la niñera de su hija.

—Avisaré al camarero para que os atienda —dijo Jo-Ann—. Disculpadme un momento.

—¿Por qué no quieres decirle que soy la niñera de tu hija? —le espetó Gail en cuanto la otra mujer se hubo marchado.

—Porque no es asunto suyo —aseguró Nicholas con irritación.

—¿Y no será porque te da vergüenza estar aquí con una niñera?

—Yo hago lo que me viene en... —comenzó a decir él con los ojos llenos de rabia—. Luego hablamos. Por aquí viene el alcalde.

Durante los siguientes treinta minutos, Gail conoció a seis personas, y todas ellas preguntaron por Corinne. Gail cada vez se iba poniendo más sombría ante la expresión de duda que mostraban sus rostros cuando la miraban. Se sentía como un pez fuera del agua. Y, para ser sinceros, no tenía ningún interés en entrar en el agua. Por alguna extraña razón, lo único que quería era agradar a Nicholas. Pero la fiesta siguió su curso, y Gail pronto se vio separada de él. Una mujer hermosa tras otra reclamaba su atención.

Desplegando mentalmente la bandera blanca de rendición, Gail se bebió otra cerveza y deambuló por el salón sin saber muy bien qué hacer. Finalmente, optó por sentarse en una butaca que estaba en la habitación adyacente. Al menos, allí estaría a salvo de todas las miradas.

—Al fin te encuentro —dijo la voz de Nicholas a su espalda al cabo de bastante rato—. No estoy acostumbrado a tener que perseguir a mis acompañantes.

—Bueno, yo no soy realmente una acompañante —aseguró ella —. Más bien soy la niñera de tu hija ejerciendo de ello y a la que no tienes que atender en un acto al que no tenías ganas de acudir.

Nicholas guardó silencio mientras la guiaba fuera de la fiesta tras despedirse de los anfitriones y los invitados.

Aquella sensación de no ser lo suficientemente adecuada persiguió a Gail durante los siguientes dos días. Cuando llegó el jueves por la noche, el día de partido, estaba ya preparada para liberar toda su tensión en la cancha de voleibol. Jugó con fuerza, con demasiada fuerza, y se le montó un músculo del hombro cuando faltaban tres minutos para terminar el partido.

Su equipo había ganado, y sus compañeros estaban encantados con la actuación de Gail. Querían llevarla a su bar favorito para celebrarlo, pero a ella le dolía demasiado el hombro como para andar por ahí. Condujo hasta casa, abrió la puerta principal con su llave y avanzó por el pasillo tratando de no hacer ruido. Lo único que quería era disfrutar del silencio y de la paz de su habitación.

—¿Qué tal el partido? —preguntó a su espalda una conocida voz masculina en un tono que le provocó un vuelco al corazón.

Gail se puso tensa, pero no se dio la vuelta. No quería mirarlo. Últimamente, aquel hombre ocupaba demasiado sus pensamientos.

—Estupendamente. Los machacamos. El único problema es que yo también me he machacado el hombro en el intento.

—¿Es grave? —se interesó Nicholas acercándose más.

—No creo que me muera de esto.

—Pero tiene que dolerte muchísimo —aseguró él con una sonrisa de conmiseración—. ¿Por qué no te metes en el jacuzzi que hay en el gimnasio del piso de abajo? Te vendrá muy bien.

Gail no podía negar que la idea de sumergirse durante unos minutos dentro de una bañera caliente de burbujas era de lo más tentadora.

—Eso haré, y luego me meteré directamente en la cama —dijo finalmente mirándolo—. Gracias.

Gail subió a toda prisa las escaleras, se quitó la ropa y se puso un bañador. Al darse cuenta de que tal vez se encontraría con Nicholas, decidió ponerse además un chándal. Bajó las escaleras que llevaban hacia el mini gimnasio y se encontró con que la luz ya estaba encendida y la bañera burbujeando con aspecto incitador.

Exhalando un suspiro de alivio al comprobar que Nicholas no estaba a la vista, Gail se quitó el chándal y se metió en la bañera de hidromasaje. Se hundió en el agua caliente y gimió de placer mientras sus músculos comenzaban inmediatamente a destensarse. Cerró los ojos y se relajó.

—Es el hombro derecho, ¿verdad? —preguntó Nicholas a su espalda.

Le dio tal susto que Gail se incorporó como movida por un

resorte.

—Tienes que relajarte —aseguró él colocándole la mano sobre la piel desnuda.

—Sería de gran ayuda que no aparecieras detrás de mí como una serpiente.

—No ha sido así. Estabas casi dormida —dijo Nicholas mientras le masajeaba suavemente el hombro—. Relájate.

¿Cómo iba a hacerlo con él tocándola? Gail cerró los ojos y suspiró. Mientras Nicholas se mantuviera fuera de la bañera, no habría problemas. Se permitió a sí misma relajarse mientras los dedos de Nicholas le trabajaban el músculo agarrotado.

—Es muy difícil hacerlo desde esta posición —lo escuchó decir entre dientes—. Voy a entrar.

Capítulo Cuatro

—¡No! De verdad que no hace falta. Ya has hecho suficiente —aseguró Gail poniéndose de pie en la bañera—. Más que suficiente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Nicholas mirándola fijamente mientras entraba en el hidromasaje—. ¿De qué te asustas? ¿Tienes fobia a las bañeras, o algo parecido?

—No, pero...

Gail se detuvo, consciente de que se había sonrojado. Trató de no mirar hacia el pecho desnudo de Nicholas, pero fue inútil.

—¿No crees que es... que no es apropiado que estemos los dos juntos en un jacuzzi? —continuó ella.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas con expresión de asombro—. No estamos desnudos... aunque yo tengo que admitir que normalmente no llevo nada puesto en la bañera de hidromasaje.

—Eso es más de lo que yo necesito saber —respondió Gail cerrando los ojos y ahogando un gemido.

—Tú limítate a sentarte.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —preguntó ella obedeciendo con un suspiro.

—Te lo debo después de aquella espantosa fiesta —aseguró Nicholas colocando de nuevo las manos sobre su hombro—. Perdiste una noche libre, aunque por suerte tu juego no se ha resentido por ello. Eres la jugadora del momento...

—Eso parece —respondió Gail sonriendo ante la frase—. Tengo que decirle esa expresión a Jonathan. Le va a encantar.

—¿Estaba él allí esta noche? —se interesó Nicholas sin dejar de masajearla.

—Siempre está. Es el capitán del equipo.

—Y además, quiere ser algo más que un amigo para ti —aseguró él.

—Esa sí que es buena —respondió Gail soltando una carcajada—. Estás equivocado. Jonathan y yo somos amigos desde la época de la Universidad.

—Créeme. Sé de lo que estoy hablando. He visto el modo en que te mira —afirmó Nicholas.

Gail cambió de tono. Él no estaba bromeando. Abrió mucho los ojos y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Y cómo me mira?

—Como si quisiera llevarte a la cama —respondió Nicholas con

voz grave y los ojos repletos de secretos.

El estómago de Gail dio un vuelco ante la idea de que Nicholas quisiera llevarla a la cama. Durante un instante, se quedó sin respiración. ¿De dónde habría surgido semejante idea?

—No he notado nada de eso —aseguró sacudiendo la cabeza.

—Tal vez porque no es lo que tú buscas —insistió Nicholas mientras le apartaba un mechón de pelo de la mejilla.

—O tal vez sea porque me resulta inverosímil. Yo no soy...

—No me digas que no eres bonita. La belleza está en los ojos del que mira —la interrumpió él.

—De acuerdo —concedió Gail poniendo los ojos en blanco—. Digamos entonces que no soy sexy.

Nicholas resbaló la mirada lentamente sobre su rostro, se detuvo en sus labios durante tanto tiempo que Gail sintió que le ardían, luego la deslizó hacia los pechos y siguió más abajo. Ella notó que los pezones se le ponían erectos y se hundió más en el agua.

—Esa es una cuestión de opiniones —aseguró Nicholas mirándola de nuevo a los ojos.

El corazón de Gail latía apresuradamente contra su pecho. Sentía como si fuera a disolverse entre las burbujas de agua caliente. Trató de liberar aire mediante un suspiro, pero solo consiguió emitir una especie de gemido. La intensa sexualidad que desprendían los ojos de Nicholas le había hecho estallar todos los circuitos y, como si tuviera vida propia, el cuerpo de Gail se inclinó hacia él y elevó instintivamente los labios.

Y Nicholas bajó los suyos.

Ella retuvo durante un instante el aire. Iban a besarse.

Pero una parte hasta entonces dormida de su cerebro racional pareció despertar en aquel instante. Aquello era una locura. Gail se obligó a sí misma a echarse atrás.

—Se te da muy bien —dijo, deseando que la voz no le saliera demasiado ronca.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiero decir que estoy empezando a entender por qué las mujeres caen rendidas a tus pies. Las seduces sin siquiera proponértelo. Es algo que está en tu voz y en tus ojos, lo traspiras por todos tus poros. Cualquier mujer podría confundirse y creer que para ti ella significa algo —aseguró Gail estirando la espalda aunque por dentro se sentía como mantequilla derretida—. Pero no yo.

—¿Por qué tú no?

—Porque el mayor error que podría cometer una mujer sería

creer que sólo la deseas a ella —respondió poniéndose de pie—. Y puede que yo sea algo inexperta, pero no soy estúpida.

—O sea, que me estás diciendo que eres completamente inmune —dijo Nicholas incorporándose a su vez frente a ella con un brillo retador en la mirada.

—No he dicho que sea inmune —se defendió Gail con la extraña sensación de que había despertado a un león dormido—. Sólo he dicho que...

—Quieres decir que si te hubiera besado, no te habrías inmutado —continuó él acercándose más.

—Tampoco he dicho eso —insistió ella, alarmada—. Es solo que...

—Veamos —la interrumpió Nicholas inclinando la boca sobre la suya.

Gail se quedó congelada por el impacto, con los ojos completamente abiertos y la visión nublada por su cercanía. Trató de abrir la boca para hablar, pero Nicholas interpretó aquel movimiento como una invitación para profundizar el beso.

—Qué labios tan suaves... —murmuró él sobre su boca, provocándole una deliciosa vibración.

Nicholas le recorrió la boca de extremo a extremo con movimientos sensuales, y Gail sintió la firme aunque suave presión de su mano sobre su trasero.

Mientras ella pensaba que tenía que concentrarse, Nicholas la atrajo más hacia sí. Aplastó el torso contra sus pechos y hundió la lengua con más fuerza entre sus labios separados.

Gail tenía el corazón totalmente acelerado, y se debatía entre el deseo lascivo y la sensatez. Pero cuando Nicholas deslizó una mano tras su nuca, aquel simple gesto la dejó sin defensas. Él la besó con una mezcla de curiosidad y deseo controlado, y Gail no pudo evitar imaginarse qué ocurriría cuando diera rienda suelta a su pasión. La oscura energía que se escapaba a través de sus caricias le provocó una intensa oleada de calor que le recorrió todo el cuerpo.

Aquel era un hombre que sabía cómo dar y recibir placer. Un hombre sin traumas ni inhibiciones. Transmitía confianza plena en su sexualidad.

Gail abrió la boca, y, siguiendo un instinto desconocido, enredó la lengua en la suya, atrayéndola hacia sí.

Nicholas exhaló un murmullo de aprobación y se apretó contra ella, permitiendo que notara su erección a través del bañador húmedo. Él comenzó entonces a devorarle la boca con la suya. Algo dentro de Gail le dijo que debía responder a cada beso, a cada

caricia, y cómo hacerlo. El calor de Nicholas la calentaba, y cuando él deslizó las manos por su trasero para atraerla hacia sí más íntimamente, Gail sintió que las rodillas le flaqueaban. Él la deseaba, y los signos visibles de su cuerpo que así lo confirmaban provocaron que la cabeza le diera vueltas.

—Ojalá no llevaras nada puesto, maldita sea —susurró Nicholas mientras deslizaba la mano sobre uno de sus pechos y le acariciaba el pezón con el dedo pulgar—. Quiero besarte por todas partes.

La imagen de aquellos labios sobre su pezón atravesó la mente de Gail, provocándole una punzada de deseo.

Nicholas la tomó de la mano y la guió a través de su vientre hacia abajo en dirección a la cinturilla de su bañador. De pronto, se detuvo y soltó una palabrota mientras apartaba la boca de la de Gail. Los ojos le ardían como el fuego mientras la observaba fijamente con la respiración entrecortada. No dijo nada, pero ella podía leer en su rostro la siguiente frase: « ¿Qué demonios estoy haciendo?»

La vergüenza y el deseo tiraban de ella en direcciones opuestas. Gail dio un paso atrás, tratando de recuperar el aliento. Se mordió el labio inferior y observó cómo la mirada de Nicholas se posaba en sus labios para luego descender hacia el bañador. Aquella mirada le provocó otra punzada de deseo...

—Esto no ha sido una buena idea —aseguró Gail apartando los ojos y clavando la vista en el suelo.

—Lo sé —respondió él.

A una parte de ella, la más loca, le hubiera gustado que Nicholas no estuviera de acuerdo.

—No soy tu tipo.

—Lo sé —repitió él de inmediato.

Gail compuso una mueca. Al menos podría haber esperado un segundo antes de darle la razón.

—Soy la niñera de tu hija —dijo ella tratando de serenarse y ser racional—. Y estoy segura de que no tengo tanta experiencia sexual como tú. No es justo por tu parte que juegues conmigo. Es como enviar un F-18 a luchar contra alguien que tiene una pistola de agua.

—Creo que subestimas tu capacidad de atracción —aseguró Nicholas mirándola fijamente.

Gail sintió que se derretía con aquella mirada, pero se esforzó por luchar contra aquella arma de seducción.

—Vale, pero no subestimo la tuya. Búscate a alguien de tu nivel. Alguien a quien no dejes sin respiración —concluyó Gail.

Entonces se dio la vuelta y salió de allí a toda prisa, como si los perros del infierno le fueran pisando los talones.

Al día siguiente, Gail se levantó tras una noche sin dormir. Después del incidente del jacuzzi, su mente había tratado de mantener la libido bajo control, pero a su cuerpo le había gustado el modo en que Nicholas lo había acariciado. Y su cuerpo se había pasado toda la noche deseándolo.

Pero su cuerpo tendría que aprender a superarlo. Eso fue lo que pensó mientras se servía una taza de café y Molly le arrojaba los copos de cereales por encima.

—Hoy vamos a ver a papá —le dijo a la niña mientras le limpiaba.

Nicholas le había pedido que llevara a Molly a la oficina en algún momento del día.

Vistió a Molly con un traje de terciopelo rojo, sombrero a juego y medias blancas. Ella se puso una sudadera marrón, unos pantalones, unas botas y se apartó parte del cabello de la cara con dos horquillas.

Con Molly sentada a salvo en la silla de seguridad del coche, Gail condujo el breve camino que la separaba del edificio de cinco pisos de acero y cristal que albergaba la sede ejecutiva de Baronessa. Aparcó en el espacio que Nicholas le había reservado y llevó en brazos a Molly a través del vestíbulo, enseñándole a la niña las fotos y las placas que explicaban la historia de la Compañía y los premios que había ganado a lo largo de los años. Dejó que la niña pulsara el botón del ascensor hasta el piso superior, y, una vez allí, se dirigió al despacho de Nicholas. La niña fue recibida con grandes sonrisas.

—Es igualita al señor Barone —le escuchó Gail decir a una mujer mientras avanzaban.

—Cuando se haga mayor, me apuesto lo que quieras a que atraerá al sexo opuesto con la misma facilidad que su padre —murmuró otra.

Gail divisó entonces a Nicholas flanqueado por dos mujeres muy elegantes. Trató de no preocuparse por su sudadera marrón. Se dijo a sí misma que iba adecuadamente vestida. Era niñera, no modelo. Nicholas levantó la vista y ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Él miró a Molly y sonrió.

—Pá-pá-pá —balbuceó la niña.

—Estás preciosa, cariño —aseguró Nicholas acercándose a su

hija y tomándola de la barbilla.

—Es una preciosidad —repitió una de las mujeres que estaba a su lado—. ¿Puedo tomarla en brazos un momento?

—Tal vez luego, Jen —dijo Nicholas al comprobar que su hija tenía sujeto uno de los mechones de Gail—. Te presento a Gail Fenton. Ella es la niñera del milagro.

Jen la miró como tratando de imaginarse cómo era posible que alguien con aquel aspecto fuera capaz de hacer milagros de ningún tipo. Gail resistió la tentación de sentirse inadecuada y, en su lugar, extendió la mano.

—Encantada de conocerte, Jen —dijo simplemente.

Nicholas tendió entonces los brazos hacia su hija y, para alivio de Gail, Molly se fue con él sin dudar ni un instante. Sin embargo, se dio cuenta de que la niña miraba todo el tiempo hacia atrás para comprobar que ella seguía allí.

Nicholas le presentó a bastante gente, incluido su hermano, Joseph Barone, director financiero de Baronessa.

Gail no pudo evitar pensar en lo diferentes que parecían las personalidades de ambos hermanos. Los ojos de Nicholas estaban avivados por un brillo de humor y acidez, mientras que Joseph tenía un aspecto más serio y formal. Percibió en él una profunda tristeza, y se dijo que le preguntaría más tarde a Nicholas sobre aquel asunto.

Una mujer alta y esbelta, de melena larga y rizada de color castaño claro hizo su aparición en el despacho, y todo el mundo se apartó a su paso. Sus ojos de color violeta desprendían chispas, pero emanaba un aura de sofisticación y elegancia.

—Me ha llegado el rumor de que mi sobrina está aquí —afirmó girándose hacia Molly—. Bellísima. Pequeña, vas a ser una rompecorazones y a volver loco al arrogante de mi hermano —aseguró mirando a Nicholas con una sonrisa de oreja a oreja—. Vas a tener muchos problemas con ella. Con todos los corazones que tú has roto, ya era hora de que te dieran un poco de tu propia medicina.

—Gracias por tus palabras de apoyo y consuelo —respondió Nicholas socarronamente—. Ésta es mi hermana pequeña, Gina. Es la jefa de relaciones públicas. Gina, te presento a Gail Fenton.

—La niñera del milagro —dijo Gina extendiendo la mano—. Encantada de conocerte.

Después de que Gail se despidiera de todo el mundo, Nicholas la acompañó a ella y a su hija al ascensor.

—Escucha —le dijo mientras lo esperaban—. Quiero pedirte

perdón por el modo en que actué anoche. No sé qué me ocurrió. Tal vez me volví loco debido a la falta de sueño.

—¿Estás diciendo que me besaste porque estabas loco y adormilado? —preguntó Gail, tratando de recordar si alguna vez se había sentido tan insultada como en aquel momento.

—Sé que suena extraño —confesó Nicholas—. Pero no se me ocurre ninguna explicación razonable para mi comportamiento.

«Por ejemplo, podrías decir que te sentías remotamente atraído por mí», pensó Gail. Sentía que le hervía la sangre de rabia.

—Quiero pedirte perdón —continuó él—. Eres muy importante para Molly y para mí, y no quiero estropearlo. Molly es mi prioridad, y no quiero poner en peligro su estabilidad.

—Tienes razón —reconoció Gail sintiendo cómo aumentaba su furia.

—Me alegro de que lo comprendas — dijo Nicholas soltando un suspiro de alivio.

—Lo comprendo perfectamente. Yo tengo el mismo problema. No se me ocurre ninguna razón lógica para haberte besado anoche. Nunca me han interesado los playboys arrogantes. Nunca —concluyó enfatizando la última palabra.

—¿Ah, no? —preguntó él parpadeando.

—Por supuesto que no —continuó Gail, satisfecha ante su expresión de sorpresa—. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Lo de anoche fue una aberración, una locura. No eres para nada mi tipo.

Y pensó para sus adentros que repetiría mentalmente aquellas palabras hasta lograr borrar de su cabeza todas las imágenes eróticas y seductoras que conservaba de Nicholas Barone.

Capítulo Cinco

La niñera de su hija tenía una cita.

Aquella perspectiva irritaba profundamente a Nicholas, pero se guardó la rabia para sí. Durante los últimos días, había sido testigo de cómo Gail había sufrido una increíble transformación ante sus ojos. Se había cortado el pelo de forma que se le destacaban los rizos de manera sensual, en lugar de intentar domarlos. Y la noche anterior, cuando regresó a casa, habría jurado que estaba maquillada.

A Nicholas no debería importarle. Mientras cuidara bien de Molly, no era asunto suyo lo que Gail hiciera fuera de horas de trabajo. Pero estaba preocupado por ella. Tenía siete hermanos pequeños, cuatro de ellos chicas, y tenía muy desarrollado el instinto de protección. Mientras releía por tercera vez el mismo párrafo de la sección de economía del Wall Street Journal, Nicholas se dijo a sí mismo que sentía por Gail la misma preocupación que por cualquiera de sus hermanas.

Molly se había acostado temprano, y él estaba dispuesto a pasar una velada tranquila frente a la chimenea del estudio.

Escuchó el sonido de unos tacones en la escalera. Gail. Sintió mucha curiosidad, y estiró el cuello para poder verla, pero fue inútil. Se sentó entonces en otra butaca que estaba en un ángulo diferente y esperó a que ella siguiera bajando.

Cuando la vio, los ojos se le salieron de las órbitas. El Wall Street Journal se le resbaló de entre los dedos.

¿Qué se había hecho aquella mujer? Su cabellera salvaje caía en suaves rizos que le enmarcaban el rostro, y se había puesto suficiente maquillaje como para pintar a tres mujeres. Además, la raya de los ojos le enfatizaba la mirada de manera sensual. Llevaba puesto un traje de color púrpura que le marcaba las curvas y le cubría hasta encima de la rodilla, dejando al descubierto sus bien torneadas piernas. Sus labios, pintados de rojo, mostraban un gesto de disgusto mientras se miraba los altos tacones con expresión de completa desesperación.

—Me siento como si estuviera caminando sobre zancos —murmuró.

Entonces levantó la vista y se encontró de golpe con la mirada de Nicholas. Él sintió como si le hubieran metido un puñetazo en el estómago. Gail estuvo a punto de dejarse llevar por una oleada de

inseguridad, pero levantó la barbilla y le hizo frente.

—¿Te gusta mi nuevo aspecto?

Nicholas parpadeó varias veces y se metió las manos en los bolsillos. La visión de su boca, acentuada por el rojo del lápiz de labios, le trajo un sinfín de imágenes prohibidas a la mente.

—Estás... estás muy diferente.

—He ido a ver a un estilista —continuó ella—. Además de cortarme el pelo, me ha enseñado a maquillarme y me ha recomendado este vestido. Me encanta ser niñera, pero últimamente me ha dado por pensar que los chicos me ven como... como alguien asexuado, en parte por culpa de mi trabajo. Por eso pensé que me vendría bien un cambio.

—Ya veo —dijo Nicholas tragando saliva—. Ahora tienes una imagen espléndida, pero algunos hombres... supongo que algunos hombres prefieren la belleza natural, y se sienten atraídos por la modestia.

—¿De veras? —preguntó ella ladeando la cabeza, como si estuviera considerando dicha opción—. Supongo que te referirás a hombres de sesenta o setenta años...

—No necesariamente —respondió Nicholas.

—¿Y qué te parecería una mujer que se acercara a ti sin conocerte de nada y te dijera: «Vaya, se me ha olvidado ponerme las braguitas»? —preguntó haciendo caso omiso de la cara de asombro de Nicholas—. Es uno de los consejos que he leído en la revista Diosas. Asegura que es un truco infalible para conquistar a un hombre. ¿Verdad que tú no olvidarías a una mujer que te dijera algo semejante? Yo me he pasado la vida viendo cómo los hombres pasaban de largo a mi lado, y creo que es el momento de cambiar. ¿Crees que si me pongo a practicar delante del espejo seré capaz de llegar a decirlo?

—¿Decir qué?

—Vaya, se me ha olvidado ponerme las braguitas —dijo Gail sacando el abrigo del armario ropero.

Por Dios, ojalá no fuera cierto, pensó Nicholas. El timbre de la puerta lo salvó de tener que responder. Una docena de advertencias y consejos de precaución le rondaron por la cabeza mientras ella ponía la mano en el picaporte: «No te quites el abrigo. Pégale un guantazo si te toca. Manten las piernas cruzadas». Pero se las guardó todas menos una:

—Ten cuidado.

—Llevo toda mi vida teniendo cuidado —respondió Gail después de mirarlo fijamente a los ojos durante un buen rato—. Las diosas

deben ser salvajes y sabias.

Al verla cruzar la puerta, Nicholas hizo inconscientemente el signo de la cruz. ¿Qué le había ocurrido a la dulce e inocente niñera de su hija? Si el chico con quien iba a salir trataba de hacer la mitad de las cosas que a él se le habían pasado por la mente, entonces Gail no regresaría a casa hasta mediados de Febrero.

Nicholas soltó una palabrota mientras recorría el estudio de arriba abajo. Tendría que haber contratado a aquella mujer de mediana edad con botas ortopédicas. Seguro que ella no le provocaría acidez de estómago. Pero probablemente tampoco le habría permitido a Molly tirarle del pelo hasta la raíz como hacía Gail.

Nicholas se pasó la mano por la cabeza y se dijo a sí mismo que tal vez Gail estuviera tratando de liberarse, pero bajo aquella apariencia de bomba sexual se escondía una persona sensata y precavida. Nunca se le ocurriría utilizar aquella frase tan absurda sobre las braguitas. «Nunca», se repitió a sí mismo, incapaz de comprender por qué de pronto se sentía tan animado.

Nicholas hizo un esfuerzo por volver a sentarse y recogió el periódico del suelo. Aquella iba a ser una velada apacible. Una velada relajante. Así que se dispuso a retomar el artículo que estaba leyendo.

Pero a cada párrafo se le aparecía otra frase que lo martilleaba sin piedad. ¿Llevaría Gail las braguitas puestas o no?

Gail decidió fingir que Nicholas era su tío. Aquella era la única manera que se le ocurría de sobrevivir a la proximidad del hombre más sensual que había conocido en su vida. Todas las noches hablaban de Molly, de cómo había pasado el día, y de cómo lo había pasado él. Sería muy fácil dejarse llevar por la atracción que sentía.

Desde que se había convertido en su tío imaginario, Gail decidió compartir con él la batalla que estaba llevando a cabo para liberar a la diosa que había en su interior. Hablando con él de medias y ligueros conseguiría acabar con todo el misterio, y así ella sería capaz de mantener la cabeza en su sitio.

—Molly se va a echar a andar cualquier día de estos —le comentó a Nicholas mientras se servía una soda y se reunía con él en el sofá del estudio para su charla nocturna—. Le encanta que le sujete las manos por encima de la cabeza y que le ayude a dar pasitos.

—No me gustaría perdérmelo —aseguró Nicholas mientras se aflojaba el nudo de la corbata y le daba un sorbo a su vaso de vino tinto—. Prométeme que me avisarás en cuanto dé su primer paso.

—¿Y si estás reunido?

—Pues interrumpes la reunión.

—A la orden —bromeó Gail llevándose la mano a la cabeza para hacerle el saludo militar.

—Así me gusta, que estés de acuerdo conmigo. Es toda una novedad —aseguró Nicholas con una sonrisa sensual.

—No te acostumbres —contestó ella—. Las diosas solo están de acuerdo con lo que les conviene.

—Ya estamos otra vez con eso... —se lamentó Nicholas sacudiendo la cabeza.

—Claro, para ti es muy fácil burlarte —protestó ella con un mohín—. Estoy convencida de que tú nunca has tenido ningún problema para atraer a las mujeres.

—Seguramente no, pero me temo que no soy capaz de atraer a las mujeres adecuadas. Un claro ejemplo es la madre de Molly. Siempre estaba al acecho de un cheque con más cifras. De hecho, la única razón por la que no volvió conmigo cuando se enteró de que estaba embarazada fue porque encontró a un hombre con una cuenta corriente con más ceros que la mía y le dijo que Molly era hija suya.

La amargura de su voz era tan palpable que Gail podía sentirla en el ambiente.

—¿La sigues queriendo? —le preguntó.

—Por supuesto que no —respondió Nicholas al instante con gesto asombrado—. Dejé de quererla el día que rompí con ella.

—Entonces, ¿por qué permites que siga controlando tu vida? Lo que quiero decir es que estás tan decidido a no tener una relación seria con ninguna mujer que tal vez pierdas la oportunidad de experimentar el verdadero amor.

—Tendré en cuenta tu consejo —respondió él tras guardar silencio unos instantes—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo va tu proceso de convertirte en diosa?

—Lo último que he leído es que venden un lápiz de labios que dura ocho horas. Está pensado para que aguante una maratón de sexo —respondió Gail sintiéndose algo estúpida.

—¿Ya te lo has comprado? —preguntó Nicholas mirándola con intención mientras le daba un sorbo a su vaso de vino.

Gail sintió que se le encendían las mejillas, pero asintió con la cabeza.

—¿Ya has encontrado a alguien con quien quieras probarlo?

—Todavía no —aseguró ella levantando la barbilla—. Pero estaré preparada para cuando aparezca.

Nicholas estaba en medio de una reunión con los directores de la empresa cuando dos días más tarde su asistente entró silenciosamente en el despacho y le pasó una nota.

Tu hija está andando por todos lados.

Nicholas se sintió atravesado por una ola de orgullo y felicidad. Molly ya andaba. Se inventó una excusa y dejó a su vicepresidente a cargo de la reunión. Agarró las llaves del coche, le dijo a su asistente que regresaría más tarde y condujo hasta su casa.

Abrió la puerta y entró en el estudio. Gail sujetaba a Molly de una mano mientras la niña andaba por la habitación.

—¡Mira, es papá! —exclamó Gail al verlo entrar—. ¡Enséñale cómo caminas!

La carita de Molly se iluminó de alegría al verlo y luego, con el ceño fruncido por la concentración, se dirigió hasta él sin ayuda de Gail.

Nicholas se puso de rodillas para abrazarla mientras la niña palmeteaba de alegría. Su padre sentía el corazón tan henchido que casi le dolía. Cuando Molly había ido a vivir con él, una parte oculta de sí temió que la niña permaneciera triste y angustiada durante mucho tiempo. Y sin embargo, unas pocas semanas bajo los cuidados de Gail habían cambiado completamente las tornas. Nicholas se preguntó si sería consciente de su poder.

—Has hecho un gran trabajo con ella —aseguró incorporándose con Molly en brazos y mirando a Gail a los ojos—. Sé que al principio no fue fácil.

—Gracias, pero hay algo realmente especial en saber que una personita tan vulnerable te necesita —respondió ella con una sonrisa—. Hace que estés dispuesta a hacer cualquier cosa.

—De todas maneras, gracias de parte de los dos —insistió Nicholas—. Tal vez podríamos celebrarlo yendo a Baronessa a tomar un helado.

—Yo no puedo —respondió Gail con una expresión algo triste—. Pero vosotros dos deberíais ir sin dudarlo.

—¿Por qué no puedes? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Es mi noche libre y tengo una cita.

—Bueno, tal vez en otra ocasión, entonces —murmuró Nicholas irritado.

Irritado porque Gail tenía una cita, irritado porque otro hombre fuera a tener la oportunidad de estar con ella aquella noche, e irritado por estar irritado.

Nicholas volvió al trabajo y regresó a casa justo a tiempo para ver a Gail salir. Se había puesto un vestido corto de color negro, más elegante que los otros que se había comprado, y se dio cuenta además de que había depurado también su técnica de maquillaje.

Su perfume permaneció cuando ella se hubo marchado, y Nicholas se quedó aspirándolo hasta que fue consciente de lo que estaba haciendo y se sintió como un idiota.

Cansada de tanto caminar, Molly se durmió enseguida, así que Nicholas renunció a la idea de visitar la heladería de su familia. De todas formas, no estaba de humor. Ni tampoco lo estaba para ver el partido de los Boston Celtics por televisión, ni para leer el periódico que tenía en la mano. El tiempo fue pasando, y su imaginación no dejaba de volar. Se preguntaba qué estaría haciendo Gail.

Se preguntaba si aquel chico le habría hecho tilín y ella se habría decidido a probar el lápiz de labios que duraba ocho horas. Se preguntaba si aquel chico trataría de averiguar si Gail llevaba braguitas bajo aquel vestido negro.

Sintió un nudo en el estómago al pensarlo, y la piel se le puso tensa. Debería estar pensando en la mujer con la que iba a quedar la noche siguiente, y no en Gail. Iba a asistir a una fiesta con una de las mujeres más hermosas de Boston, y tendría que resultarle fácil dejar de pensar en su niñera. Entonces, ¿por qué no lo hacía?

Era más de medianoche cuando apagó la televisión y se dirigió a las escaleras. Entonces escuchó un sonido en la entrada. La puerta se abrió y Gail, empapada de los pies a la cabeza, entró en casa. Se le había corrido el maquillaje y le temblaban las manos.

—¿Qué demonios ha ocurrido?

—Tuve un pequeño desacuerdo con mi acompañante —respondió ella con una leve sonrisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nicholas mientras un pensamiento horrible le atravesaba la mente.

—Insistió en que fuera con él a su apartamento, pero yo no quería. Se puso un poco pesado, y...

—¿Cómo de pesado? —insistió él poniéndose tenso.

—Bueno, ya sabes —comenzó a decir Gail—. Si no quieres que alguien te meta la lengua en la boca, mucho menos quieres que te la meta en la garganta. Y desde luego, tampoco quieres que te meta

las manos debajo del vestido. Era peor que un niño pequeño. He debido decir la palabra «no» una docena de veces. Tal vez era sordo. Y eso que no ensayé ninguno de los trucos para Diosas…

—Creo que ese tipo debería aprender un par de lecciones sobre cómo tratar a las mujeres —aseguró Nicholas lleno de furia—. ¿Te ha hecho daño?

—No, claro que no —aseguró Gail quitándose el abrigo y mirándose a los zapatos—. Los tacones no están pensados para una caminata de cinco kilómetros por Boston. Me van a salir callos, y no valía la pena por ese tipo. ¿Puedes darte la vuelta? No puedo seguir soportando estas medias ni un minuto más.

—Tal vez deberías dejarme que controlara tus citas.

—Mis citas están controlada. Este chico, Jeremy, es un conocido de uno de mis compañeros de voleibol. Es nuevo en la ciudad. Gracias a Dios que me he quitado las medias —murmuró exhalando un suspiro—. Creo que se ofendió cuando le dije que necesitaba darse una ducha fría.

—¿De verdad has caminado tanto? —preguntó Nicholas aliviado al comprobar que ya temblaba menos.

—No hay taxis a estas horas cuando llueve —aseguró ella.

—Deberías haberme llamado —dijo Nicholas acercándose más.

—No podía hacerlo —contestó Gail exhalando un suspiro—. Eres mi jefe.

—Maldita sea —respondió él entre dientes agarrándola del brazo —. Tu seguridad es importante para Molly y para mí. Si vuelves a verte en una situación parecida, insisto en que me llames.

—No creo que vuelva a ocurrir, pero de acuerdo —aseguró Gail mirándolo a los ojos—. Ahora lo único que quiero es darme un baño caliente.

—¿En el jacuzzi? —sugirió él apartándole un mechón húmedo de la cara.

Los ojos de Gail brillaron con el mismo deseo prohibido que él sentía. Ella negó con la cabeza, pero Nicholas pudo leer en su rostro los recuerdos del momento de pasión que habían compartido.

—El jacuzzi está prohibido para mí —aseguró ella con voz neutra, pero con una mirada tremendamente sensual que no fue capaz de disimular—. Y tú estás más prohibido todavía.

Nicholas sintió un creciente y peligroso deseo de mostrarle a Gail lo deliciosas que podían llegar a ser aquellas prohibiciones.

Capítulo Seis

Nicholas había salido con una de sus herniosas mujeres. Sería una velada muy larga. Cena y ópera. Gail se dijo a sí misma que de todas maneras, a ella no le hubiera gustado ir.

—Tú eres mucho más divertida que cualquier ópera —le dijo a Molly mientras le metía en la boca los espaguetis.

Sonó el timbre de la puerta, y Gail escuchó la voz de la doncella diciendo que ella abriría. Se escucharon poco después varias voces femeninas. Gail apenas parpadeó ante la presencia de aquellas cuatro mujeres en el umbral. Reconoció de inmediato a Gina, y aunque las demás tenían rasgos diferentes, se adivinaba en ellas un aire a la familia Barone.

—Hemos venido a ver a la bambina, y no aceptaremos un "no" por respuesta —dijo la más menuda.

Tenía el pelo castaño oscuro y los ojos marrones, y era de una belleza exquisita.

—Basta, María —intervino Gina—. Estás asustando a Gail. Lo menos que puedes hacer es presentarte.

—Soy María Barone, la más pequeña —dijo la mujer avanzando un paso con el brazo extendido—. Nicholas nos ha dicho que Molly ya anda, y no pudimos resistir la tentación de venir. Deberías llevarla a la heladería.

—íbamos a ir anoche, pero yo tenía una cita, y Nicholas está en la ópera esta noche.

—Así que no está... —dijo otra de las mujeres con entusiasmo—. Eso significa que no podrá echarnos enseguida. Yo soy Rita, la número siete en orden de nacimiento. Espero que no te importe que nos hayamos plantado así... Rita, Maria y yo vivimos juntas, y como esta noche no teníamos planes, decidimos venir a visitar a nuestra sobrina. Nicholas la ha tenido muy protegida.

—Yo soy Colleen —dijo la más callada del grupo dando un paso al frente—. He oído a mi madre hablar muy bien de ti. Dice que has hecho maravillas con Molly.

—Gracias —contestó Gail, algo abrumada y al mismo tiempo encantada de conocer a las hermanas de Nicholas—. Me alegro de que hayáis venido a verla. No teníamos planeado nada especial, aparte de terminar de darle los espaguetis a Molly y bañarla.

—¿Puedo dárselos yo? —preguntó María con entusiasmo.

Gail le dio la cuchara a la hermana de Nicholas y se apartó un

poco, de manera que pudiera seguir en el ángulo de visión de Molly.

—¿Tú no vives con tus hermanas? —le preguntó a Colleen.

Antes de que ella pudiera responder, Gina dio un paso adelante y negó con la cabeza.

—Colleen dejó el convento hace un par de años, pero decidió que sería demasiado fuerte vivir con nosotras después de haber convivido con las monjas.

—Creo que estaban preocupadas por la influencia moral que podía ejercer sobre ellas —bromeó Colleen.

Todas soltaron una carcajada, y Gail no pudo evitar sentir una punzada de envidia al ver lo bien que se llevaban.

—Tiene que ser maravilloso tener una familia tan numerosa —comentó, incapaz de mantener en secreto lo que llevaba años deseando.

—Tiene sus pros y sus contras —aseguró Colleen—. ¿Y tu familia?

—Mis padres murieron. Sólo somos mi hermano y yo.

—Bueno, en ese caso podemos adoptarte —murmuró Colleen con cariño agarrándola de la mano.

—Claro —asintió Gina—. Podemos meternos en tus asuntos, aparecer sin avisar y decirte cómo tienes que vivir tu vida. Tenemos experiencia en eso.

—Suena estupendo —respondió Gail.

—Esta chica me gusta —aseguró Gina con una sonrisa—. Y me apuesto lo que sea a que a Nicholas también le gusta.

—No soy su tipo —contestó Gail negando con la cabeza mientras sentía cómo se le paraba el corazón.

—¿Por qué no? —preguntó María mientras le limpiaba la cara a Molly con una toallita.

—Bueno, para empezar, porque no soy bonita —dijo Gail poniéndose en pie al ver que Molly comenzaba a protestar—. A esta niña hay que limpiarla rápido para que no se queje.

—¿Quién te ha dicho que no eres bonita? —preguntó María.

—No hace falta que nadie me lo diga —respondió ella, incómoda con la conversación—. No soy su tipo y ya está. Bueno, ¿quién quiere ayudarme a bañarla?

—¡Yo! —exclamaron las cuatro mujeres a la vez.

Gail respiró con alivio al comprobar que había conseguido cambiar de tema. No podía evitar que le gustaran aquellas mujeres, que eran tan amables con Molly. Se turnaron para ocuparse de la niña. Luego la dejaron en la cuna y, para su sorpresa, se despidieron

de ella en la puerta con un beso antes de marcharse.

Después, Gail se sentó en la cocina y fantaseó sobre lo que hubiera sido tener una familia tan grande y cariñosa. Tenía la sospecha de que ellos no eran conscientes de su suerte. Sintió en el pecho una punzada de dolor y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Sorprendida ante su propia reacción, Gail se tragó las lágrimas y abrió el último ejemplar de la revista Diosas. Seguro que aquella la distraería.

Nicholas entró en la casa silenciosa y se apoyó contra la pared mientras dejaba escapar un suspiro de alivio. La velada se le había hecho interminable. Corinne estaba espléndida y vestida con mucha clase. Había estado de acuerdo en todo lo que él había comentado, y Nicholas se había aburrido mortalmente.

Gail escuchaba lo que él decía, pero no siempre le daba la razón. Nicholas cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Aquella situación se iba haciendo más insostenible cada día que pasaba. Había pensado que una velada con Corinne serviría para apartar a Gail de su mente, y Corinne le había dado a entender que estaba más que dispuesta a dejarle pasar la noche con ella en su apartamento.

Tendría que haberse quedado. Tendría que haber dejado que ella se hiciera cargo de sus necesidades, pero aquella perspectiva lo había dejado, cuando menos, frío. Ojalá no tuviera ningún problema orgánico, pensó mientras se apartaba de la pared y se dirigía a la cocina. Sacó una botella de vino de la despensa y le quitó el corcho. Inhaló su aroma y después se sirvió un vaso.

Dio un gran sorbo, paladeándolo. Le echó un vistazo a la mesa y vio que encima había una revista abierta en un artículo titulado: Cincuenta maneras de seducir a tu hombre.

Nicholas se acercó y comprobó la portada: Diosas. Tendría que haberlo supuesto. Regresó a la página del artículo y leyó por encima la lista de sugerencias: «Chúpale los lóbulos de las orejas... Ponle una venda en los ojos y recorre sus zonas más sensibles sólo con tu cabello... Chúpale el ombligo.... Chúpale...»

Nicholas podía imaginarse perfectamente el cabello salvaje de Gail recorriendo su cuerpo desnudo. Aquella imagen le provocó una erección.

Si Gail estaba leyendo aquello, se preguntó con quién tendría pensado llevar a la práctica aquellos cincuenta puntos de seducción. La idea de que ensayara cualquiera de ellos con cualquier otro

hombre que no fuera él lo sacaba de sus casillas.

Nicholas cerró la revista de golpe y soltó un gemido.

¿Cómo se suponía que iba a conciliar el sueño?

—Tus hermanas estuvieron anoche de visita y ha llamado tu madre —le dijo Gail a la mañana siguiente, mientras se sentaba con su taza de cereales frente a la trona de Molly.

Nicholas se sirvió una taza de café. La noche anterior, tras pegarse una ducha fría, le había costado mucho trabajo dormirse, así que necesitaba más que nunca una buena dosis de cafeína.

—Espero que mis hermanas no fueran demasiado abrumadoras. ¿Y qué quería mi madre?

—Tiene una fiesta mañana por la noche y quiere que la acompañes. También me pidió que fuera yo y que llevara un acompañante.

Nicholas se quemó la lengua con el café. Estaba empezando a pensar que había una conspiración contra él.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no hace falta que vaya. Alguien tiene que cuidar de Molly, y...

—Podemos salir de aquí cuando Molly se haya dormido. La doncella vigilará su sueño —aseguró Nicholas—. Si mi madre te ha invitado, deberías asistir. Y si no se te ocurre nadie que pueda acompañarte...

—Sí que se me ocurre —respondió ella rápidamente—. Ha pasado la revisión de todos mis compañeros de equipo. Es un chico muy simpático, médico. Ya me ha preguntado si quería salir con él, así que sólo tengo que averiguar si está libre mañana por la noche.

Nicholas tuvo de pronto la impresión de que el café que estaba tomando se había vuelto amargo. Escuchó dentro de su cabeza una sirena de alarma, pero no la quiso escuchar. Hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer del modo en que deseaba a Gail.

Nicholas se puso de pie, depositó un beso en la frente de su hija y, sin saber lo que hacía, se acercó hasta Gail y recorrió con un dedeo sus labios entreabiertos.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes el tipo de boca que aparece en las fantasías de los hombres?

Ella negó con la cabeza.

—Te veré esta noche —dijo Nicholas, confuso, mientras se dirigía hacia la puerta de entrada seguido por la mirada absolutamente sorprendida de Gail.

En cuanto Molly le dio ocasión, que fue en el momento de la siesta, Gail se colocó delante del espejo de su cuarto de baño para observarse la boca. La torció y la estiró, tratando de encontrar lo que Nicholas había visto en ella. ¿A qué se refería cuando dijo que aquel era el tipo de boca con el que los hombres fantaseaban? Tenía los labios algo más gruesos que la media, y, mientras los miraba fijamente, se preguntó qué tipo de fantasías tenían los hombres. Se le vino a la mente la lista de la revista y observó en el espejo cómo se sonrojaba.

Aquella noche Molly estaba molesta por culpa de los dientes, así que le hizo falta más tiempo para dormirla. Cuando por fin lo consiguió, Gail estaba agotada y le dolían los hombros. Nicholas se había quedado hasta tarde en la oficina, pero ella sabía que ya estaba en casa porque lo escuchaba moverse por su habitación. La avalancha de imágenes que había cruzado por su mente aquella tarde volvió de nuevo con más fuerza.

Gail sacudió la cabeza y se dio la vuelta para dirigirse a su dormitorio. En el momento en que abrió la puerta, Nicholas salió al pasillo. Ella se detuvo automáticamente.

—¿Qué tal ha pasado Molly el día? —preguntó él caminando en su dirección.

—Le están saliendo los dientes y está molesta, pero sigue empeñada en practicar su nueva habilidad. Ha estado caminando como si tuviera pensado llegar andando hasta la China.

—Apuesto a que ha acabado contigo —aseguró Nicholas—. ¿Por qué no te tomas conmigo un vaso de vino abajo?

¿Por qué no? Una docena de razones lógicas acudieron a su mente. Pero la expresión de sus ojos las mandó a todas a la porra.

—Sí, me apetece. Solo unos minutos —añadió más para sí misma que para él.

Lo siguió por las escaleras hacia el estudio. Una vez allí, Nicholas abrió una botella de vino tinto y sirvió dos copas. Gail dio un sorbo a la suya, y deslizó lentamente el líquido por la garganta. Nicholas tenía la vista clavada en ella, y Gail sintió como una losa sobre el pecho.

—¿Qué tal te ha ido el día? —preguntó para romper la tensión.

—Ha sido largo pero provechoso. Estamos a punto de sacar un nuevo sabor de helado para el día de San Valentín. Todo tiene que estar coordinado, pero a veces los Departamentos de Marketing y Relaciones Públicas piden lo imposible.

—Y tú lo consigues —dijo Gail sabiendo instintivamente que así era mientras se frotaba el hombro con aire ausente.

—Eso intento —respondió él con los ojos brillantes de sensualidad—. ¿Qué te pasa en el hombro?

—Desde aquel partido de voleibol de vez en cuando se me pinza —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Date la vuelta. Te daré un masaje —se ofreció Nicholas.

—Oh, no, no hace falta. No es para tanto. Yo...

—Venga —ordeno él mientras dejaba la copa de vino sobre la mesa—. Conseguiré que te sientas mejor.

Gail se dejó llevar por la tentadora oferta y se dio la vuelta para darle la espalda. Lo sintió acercarse hasta ella hasta que estuvo tan próximo que podía sentir su respiración sobre la nuca. Sintió que el corazón le daba un vuelco, y pensó que tal vez aquella no era una buena idea, después de todo. Nicholas le colocó las manos sobre el cuello, haciéndola olvidar todas sus protestas. Sus dedos se deslizaron sobre los músculos agarrotados. Tenía unas manos mágicas.

Gail cerró los ojos y no pudo reprimir un gemido.

—¿Bien? —preguntó él.

—Sí —susurró ella soltando otro gemido.

—Ese es un sonido muy sensual —murmuró Nicholas.

—No era esa mi intención —susurró ella con voz ronca.

Él pronunció en voz baja unas palabras en italiano.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gail.

—Que tienes un pelo precioso —respondió él sin dejar de masajearle los hombros y el cuello.

Nicholas hizo un movimiento gracias al cual pudo apoyar una pierna sobre el sofá y atraerla a ella contra sus muslos.

Consciente del modo en que su cuerpo rodeaba al suyo, Gail solo pudo exhalar un suspiro. Nicholas deslizó las manos por el cuello de su jersey y ella sintió otra oleada de delicioso placer. Él paseó delicadamente las puntas de los dedos por su cuello y luego regresó a los hombros.

Cuando Gail aspiró el aire, captó la seductora esencia de su loción para después del afeitado, y sintió cómo se apoderaba de ella una especie de debilidad. Aunque las manos de Nicholas estaban suavizando sus hombros, había otras partes de su cuerpo que se sentían jubilosas, sensibilizadas, deseosas... Gail dio otro sorbo a su copa de vino, y luego otro.

Nicholas continuó su camino por la columna vertebral, deslizando las manos bajo su camisa y moviendo los dedos

lentamente por su espalda. Metió los dedos debajo de su sujetador, pero no se lo desabrochó.

El mero hecho de pensar que él pudiera acariciarle la piel desnuda provocó que a Gail se le pusieran duros los pezones. Aquella respuesta automática la pilló por sorpresa. Si Nicholas conseguía de ella aquella reacción con un mero roce en la espalda, ¿qué ocurriría si tratara de seducirla?

Aquel pensamiento hizo que se sintiera todavía más débil, y Gail se puso tensa. Él se detuvo un instante y ella lo escuchó aguantar la respiración antes de continuar. No tardó ni un segundo en notar la erección de Nicholas por detrás.

Gail se preguntó cómo era posible. Se le puso la boca seca y dio otro sorbo de vino para remediarlo. Él deslizó los dedos desde el centro de su espalda hasta su caja torácica. Gail contuvo la respiración. Una parte de ella, la más oscura, no quería que se detuviera. Nicholas le acarició la espalda con los pulgares mientras le deslizaba los demás dedos justo debajo del sujetador. Ella volvió a contener la respiración, preguntándose si él le acariciaría los pechos.

Nicholas volvió a descender las manos y Gail se mordió el labio inferior con gesto de frustración. Su cuerpo echaba humo ante aquel inesperado deseo que sentía, y se estiró en un intento de vencer la flaqueza.

Nicholas se detuvo de nuevo y murmuró algo entre dientes.

De haber sido capaz de encontrar las palabras, Gail le hubiera preguntado qué había dicho, pero tenía el pulso tan acelerado como si hubiera estado corriendo una maratón.

Él volvió a subir las manos justo debajo de sus pechos y deslizó las manos bajo la línea del sujetador. Gail contuvo la respiración mientras esperaba a que continuara. Nicholas le acarició la parte inferior de los pechos y ella sintió un calor creciente entre las piernas. Cuando sus dedos se posaron finalmente sobre sus pezones, ella respiró con alivio y le dio otro sorbo a su vaso de vino para combatir la sequedad de la boca.

—¿Te gusta? —le susurró Nicholas deliciosamente a la oreja.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te refieres al vino? —preguntó él con un tono entre sensual y socarrón.

—A todo —tuvo que admitir ella.

Nicholas le desabrochó el sujetador, la atrajo hacia sí por la espalda y le cubrió los pechos con las manos.

—¿Sabes qué? —dijo él acariciándole los pezones con los dedos

pulgar e índice—. Me gustaría sorberte los pezones del mismo modo en que tú estás sorbiendo tu copa de vino.

La imagen le resultó tan erótica que Gail estuvo a punto de dejar caer la copa. Nicholas lo impidió, cazándola casi al vuelo y dejándola sobre la mesa al lado de la suya.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella girándose para mirarlo a los ojos mientras sentía una oleada de calor abrasándole el cuerpo.

—Algo que ambos queremos hacer —respondió Nicholas atrayendo su boca hacia la suya.

La besó en los labios con ardor y luego le introdujo la lengua para saborearla sin dejar de acariciarle los pechos.

Nicholas la abrumaba con tal cúmulo de sensaciones que ella no era capaz de asimilarlas todas. Su boca sobre su boca, su lengua exploradora y seductora, sus manos excitantes... Actuando de manera instintiva, Gail respondió a sus besos enredando la lengua con la suya. Nicholas emitió un profundo gemido de aprobación, se hundió en el sofá y colocó el cuerpo de Gail encima del suyo. Cuando le cubrió el trasero para estrechar su pelvis contra la suya, ella sintió que se le nublaba la mente.

—Tócame —susurró Nicholas.

—¿Dónde?

—Donde sea. Por todas partes —rectificó él.

Gail nunca se hubiera imaginado que el corazón pudiera llegar a latir tan deprisa. Se preguntó si no estaría soñando. Aquella era una de las imágenes que no se había atrevido ni a imaginar por temor a que el mero hecho de soñar con Nicholas la colocara bajo su embrujo.

Ella le echó los brazos por los hombros y deseó poder acariciar su piel desnuda. Nicholas movió la pelvis contra ella y Gail se estremeció al notar lo duro que estaba. El la elevó suavemente y le levantó la camisa para dejarle los pechos al aire.

La habitación comenzó a dar vueltas. Era muy fácil perderse en la sensación de sentir su boca sobre su pezón, sus manos guiando su trasero hacia su erección... Si ella estuviera desnuda, y él también, podría estar embistiendo dentro de ella, apaciguando el deseo que él mismo había provocado.

Nicholas la besó con más fuerza todavía y movió la lengua en el interior de su boca del mismo modo que se hubiera movido dentro de su cuerpo. Gail estaba tan excitada que apenas podía pensar, ni respirar.

—Ven conmigo a la fiesta de mañana —dijo Nicholas de pronto

con la respiración entrecortada.

El tono posesivo de su voz le encantó.

—Yo... yo...

—Di que sí —la coaccionó él. Gail quería hacerlo, pero algo dentro de ella la previno. Sentía como si el cerebro le funcionara con demasiada lentitud.

—Yo... no puedo —dijo finalmente tratando de concentrarse—. El doctor Gallimore ya ha dicho que me acompañaría.

—Cancela la cita —insistió Nicholas mirándola a los ojos.

—No puedo —afirmó ella con una pesadumbre que la quemaba como si fuera ácido—. No sería justo. Ya se lo he pedido.

—Pero tú prefieres ir conmigo... —aseguró él.

Para su irritación, Gail no podía negarlo. Todo su cuerpo seguía ardiendo de deseo por él.

—¿No te han dicho nunca que puedes llegar a ser un poquito arrogante? —dijo ella bajándose la camisa y tratando de no pensar en las ganas que tenía de sentirlo tan cerca como fuera físicamente posible—. ¿Qué tal te sentaría a ti que cancelara una cita contigo?

Con un suave movimiento, Nicholas se incorporó hasta sentarse y le deslizó la mano por el cabello.

—Cuando estemos juntos, serás incapaz de imaginarte con alguien que no sea yo.

Aquello era exactamente lo que Gail temía.

—¿Por qué estás interesado en mí? —preguntó ella tragando saliva—. En cuestiones sexuales, yo soy un pececillo y tú un tiburón. ¿Es que te gusta desayunar pescado?

Nicholas le tiró suavemente del pelo y compuso una mueca tan sensual que Gail sintió como si estuviera precipitando al vacío.

—Yo sabría cómo hacer que te gustara ser mi desayuno.

Capítulo Siete

Nicholas mordió el cubito de hielo que tenía entre los dientes mientras observaba al médico que estaba al lado de Gail. Aquel hombre parecía incapaz de mantener las manos apartadas de ella. Nicholas no podía culparlo, pero aun así sintió el deseo siciliano de romperle un dedo cuando vio cómo la agarraba de la cintura con ese dedo y los otros cuatro.

En medio de un mar de vestidos negros, Gail llevaba puesto un traje de color crema que se ajustaba grácil mente a sus curvas. Parecía un helado de vainilla coronado con salsa de caramelo, y Nicholas quería ser el hombre que se lo tomara.

Su familia y amigos reían alegremente en la casa de sus padres en Beacon Hill, pero Nicholas no estaba de humor para hablar con nadie.

—No parece que lo estés pasando muy bien —le dijo su hermana Rita mientras se colocaba a su lado en la barra—. ¿Por qué no has traído a Corinne?

Nicholas se encogió de hombros.

—¿Ya le has hecho morder también el polvo? —bromeó su hermana—. Para ser un hombre capaz de convertir en oro todo lo que toca en los negocios, no pareces tener suerte con el amor... y sin embargo, eres bueno eligiendo a tus empleados —aseguró señalando a Gail con la cabeza—. Tu niñera es encantadora.

—Y hablando de vida amorosa, ¿cómo es que no he oído todavía que te hayas liado con ningún médico?

—Porque trabajo con ellos, y los conozco bien —aseguró ella poniendo los ojos en blanco—. Hay algunos estupendos, pero muchos de ellos son unos egoístas y unos engreídos.

Nicholas miró de reojo hacia donde estaban Gail y su amigo y sintió por primera vez en toda la velada una punzada de alegría.

—¿De veras? ¿Sabías que Gail ha venido con un médico?

—¿Ah, sí? Seguro que lo llaman enseguida para una emergencia.

Las palabras de Rita resultaron ser proféticas. Menos de cinco minutos más tarde, Nicholas se dio cuenta de que el médico estaba comprobando los mensajes de su móvil. A continuación, pareció explicarle algo a Gail. Nicholas dejó su copa en la barra del bar y se dirigió hacia ellos.

—Hola —dijo extendiendo la mano para saludar a aquel hombre de rostro agradable y calvicie incipiente—. Soy Nicholas Barone.

Gail cuida de mi hija. Y vive conmigo.

—Encantado de conocerlo. Soy el doctor Gallimore. Le estaba diciendo a Gail que detesto tener que marcharme, pero acabo de recibir una llamada urgente y debo irme.

—Qué pena —dijo Nicholas—. Yo me encargaré de que Gail regrese a salvo a casa.

—También podría dejarte en casa camino del hospital —le sugirió el doctor Gallimore a Gail.

Nicholas estaba seguro de que el bueno del doctor quería conseguir al menos un beso.

—Gail todavía no ha tenido oportunidad de conocer al resto de la familia —intervino Nicholas apretando los dientes—. No se preocupe por ella. Yo me encargaré personalmente de llevarla a casa esta noche.

—Espero que tu paciente se mejore —dijo ella apretando el brazo del médico.

—Te llamaré —aseguró el doctor asintiendo con la cabeza—. Y la próxima vez me aseguraré de que no haya interrupciones.

«Ni que lo sueñes», pensó Nicholas con total falta de caridad mientras observaba al médico marcharse.

—Ya conoces a mis hermanas y a mi hermano Joe —dijo volviéndose hacia Gail sin perder un instante—. Mi tío Paul está aquí esta noche. Y también Derrick, Daniel y Emily. Pero Claudia no ha venido.

—¿Tienes un cuaderno? —preguntó Gail sacudiendo la cabeza —. Es imposible que me acuerde de todos esos nombres si no los apunto.

—No te preocupes. Yo te los recordaré —aseguró Nicholas agarrándola del brazo.

Gail pasó los siguientes minutos conociendo a algunos miembros de la numerosa familia de Nicholas. Su tío Paul, un hombre callado y silencioso, parecía muy distinto al padre de Nicholas, tan sociable. También conoció a uno de los hijos de Paul, Derrick, vicepresidente de calidad de la fábrica de Baronessa, situada a unos kilómetros a las afueras de Boston. A Gail le cayó de maravilla la hermana de Derrick, Emily. Cuanto más tiempo pasaba con los Barone, menos podía evitar el deseo de pertenecer a una familia tan numerosa y amable como la suya.

—¿Te traigo algo de beber? —le preguntó Nicholas.

—Solo agua con hielo —respondió ella.

Aquella noche quería mantener la cabeza despejada, aunque no estaba muy segura de que fuera a conseguirlo siendo el objeto

exclusivo de la atención de Nicholas. Cuando él la miraba, se sentía como Cenicienta en el baile. Gail se preguntaba qué iba a ocurrir a medianoche.

—Descansemos un rato —sugirió Nicholas guiándola hacia un saloncito con chimenea tras llevarle el vaso de agua.

—Aún no he conocido a tus otros hermanos.

—¿Reese y Alex? Ninguno de los dos está aquí. Reese está navegando por el mundo. Mi padre y él no se llevan demasiado bien, pero esa es otra historia. Y Alex es oficial de la Marina.

—¿Hay alguien de tu familia que haga algo aburrido? —preguntó Gail abriendo mucho los ojos.

—Eso es lo que le hubiera gustado a mi madre —bromeó Nicholas.

—¿No me habías hablado de otro primo? —preguntó Gail frunciendo el ceño en gesto de concentración.

—El hermano gemelo de Derrick, Daniel. Pero no hace falta que lo conozcas —susurró él con voz aterciopelada mirándola a los ojos —. Es un aventurero profesional y un seductor de damas.

—¿Y qué es lo que lo hace distinto a ti? —preguntó Gail, incapaz de ocultar su diversión.

—Bueno, yo tengo un trabajo —aseguró Nicholas mientras la tomaba suavemente del hombro y la guiaba hacia la parte trasera de la casa, lejos de la multitud.

Se detuvo al llegar a una alcoba en penumbra que daba a un precioso muelle privado. Nicholas se giró entonces hacia ella y la miró profundamente a los ojos.

—No quiero que nada te distraiga.

Gail volvió a sentir en el estómago aquella sensación de caída libre.

—¿Distraerme de qué? —preguntó dándole un sorbo a su vaso de agua.

—De mí —respondió él quitándole el vaso de la mano y dejándolo sobre una mesita antigua.

Al volverse hacia ella, Nicholas se acercó tanto que la tela de sus pantalones de lana negra le rozó los muslos. Gail no podía creerse que aquella mirada de deseo que reflejaban sus ojos estuviera dirigida a ella. Contuvo durante un instante la respiración e inhaló su loción para después del afeitado. Su proximidad la hizo sentirse mareada.

—No puedo creerme que de verdad me desees a mí —susurró Gail.

—Puedo demostrártelo, y te prometo que no te quedará ninguna

duda —respondió él en voz baja mientras le deslizaba la mano por la cintura.

Ella sintió un estremecimiento de placer. Sabía que él cumpliría lo que decía. Y también sabía que todo lo que ocurriera con Nicholas sería temporal. Él lo había dejado suficientemente claro. Gail tenía miedo de que sus sentimientos por él no fueran temporales, pero trató de imaginarse dejando pasar la oportunidad de tener una relación con él y no fue capaz.

—Pero... yo trabajo para ti —comentó, tratando de agarrarse a lo que le quedaba de sentido común.

—Somos adultos. Podemos manejar la situación.

—Pero, ¿por qué yo? —insistió Gail.

—Porque tú me calientas —contestó él en un tono de voz sensual y seguro de sí mismo que le provocó un nudo en el estómago.

Y luego la besó. La besó como besa un hombre excitado con una mezcla de algo tierno a lo que Gail no fue capaz de ponerle nombre.

Ella abrió la boca y Nicholas deslizó la lengua dentro. Una sensación de placer y de felicidad como nunca había sentido le atravesó todo el cuerpo. Gail no quería que aquello terminara nunca. Dejó de lado sus dudas y el dictado de la razón, suspiró y se hundió en él. Sintió la dureza del torso de Nicholas sobre su pecho, y él le introdujo una de sus piernas fuertes entre los muslos.

Luego le deslizó las manos por las caderas, descendiendo más y más. A Gail se le ocurrió pensar que ninguna mujer necesitaría la ayuda del alcohol al lado de Nicholas. El modo en que movía los labios sobre su boca la hacía perder la cabeza. Sintió cómo él le levantaba la falda y colocaba las manos sobre la piel desnuda de sus muslos y luego en la de su trasero. Nicholas se detuvo y soltó una palabrota.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó apartándose un poco con los ojos brillantes de deseo.

—Un tanga —consiguió decir ella con timidez.

Nicholas soltó otra palabrota y hundió la boca en la suya de nuevo, introduciéndole la lengua. Le deslizó las manos bajo la falda y la abrazó.

—Te deseo —le murmuró contra los labios—. Quiero quitarte esta falda y tomarte aquí mismo, ahora.

Aquella invitación sexual derritió a Gail por dentro y por fuerza. Los pechos se le volvieron pesados y ardientes, y sintió una creciente humedad entre las piernas. Nicholas hundió la lengua con más fuerza dentro de su boca al mismo tiempo que le separaba el

tanga con los dedos y encontraba en medio su rincón más sensible y delicado. Deslizó uno de los dedos en su interior y ella se colgó de él, estremecida. Una oleada de placer la atravesó por entero. Lo deseaba. Nunca había sentido un deseo igual.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró Gail.

—No lo suficiente —murmuró él mientras la empujaba suavemente hacia una pequeña habitación que había al otro lado del pasillo.

Nicholas cerró la puerta tras ellos, la colocó contra la pared y volvió a besarla.

El mundo giraba a toda velocidad a su alrededor. Gail no sabía dónde se encontraba, solo era consciente de que estaba con Nicholas. Con su boca, sus manos, su calor. Él le sacó la falda por la cabeza y le bajó el tanga, buscando de inmediato y hallando su suave y húmeda feminidad. Nicholas se la estaba comiendo a besos, y lo salvaje de su deseo la dejó sin respiración. El silencio y la penumbra de la habitación ayudaban a la sensación de intimidad. Gail solo quería sentirlo más cerca, darle placer, acabar con el deseo que él había construido dentro de ella.

Nicholas se llevó la mano a los pantalones, y ella lo ayudó a quitarse el cinturón y bajarse la cremallera. Cuando Gail introdujo la mano dentro en busca de su erección, él soltó un gemido cuyo sonido resonó dentro de su boca.

—Maldita sea, debería esperar, pero no puedo —susurró él mientras sacaba un preservativo del bolsillo.

Y antes de que Gail pudiera parpadear, la levantó contra la pared y entró en ella.

Gail soltó un gemido al notar la invasión de semejante tamaño. Se le llenaron los ojos de lágrimas y sintió como si estuviera quemando.

—Tendrías que habérmelo dicho —murmuró él tras soltar una palabrota.

—¿Decirte qué? —susurró Gail con la respiración entrecortada mientras trataba de ajustarse a su tamaño.

—Que es tu primera vez.

—No estaba pensando en que era mi primera vez. Estaba demasiado ocupada pensando en ti.

Nicholas gimió y permitió que ella se hundiera más en su interior. Luego la besó de un modo que supo aunar el deseo carnal y la ternura y después apartó lentamente la boca.

—No te pares ahora —suplicó Gail.

Nicholas comenzó a moverse, apretándole el trasero mientras

iniciaba un ritmo enloquecedor que la fue llevando más y más alto cada vez. El calor que Gail sentía sus regiones más íntimas fue subiendo hasta que sintió que iba a explosionar. La habitación estaba oscura, pero a través de sus ojos cerrados, ella veía el rojo del sol ardiente mientras se colgaba de él.

Pasaron los segundos y Gail sintió cómo Nicholas se ponía tenso antes de estremecerse, como fruto de su climax. Cuando recuperó el aliento, se inclinó hacia atrás y la dejó deslizarse suavemente sobre él hasta que sus pies tocaron el suelo. Le temblaban las rodillas, y se abrazó a él.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas estrechándola entre sus brazos durante unos instantes.

—Creo que sí —respondió ella, aunque todo seguía dándole vueltas.

Él encendió una luz y Gail se cubrió instintivamente los ojos. Entonces lo escuchó gemir y ella miró a través de sus dedos. Nicholas estaba observando fijamente su desnudez.

Ella cruzó las piernas en un inútil acto de vergüenza.

—Te deseo otra vez —aseguró él acercándose de nuevo y besándola en la boca—. Pero quiero tomarme mi tiempo.

Nicholas le colocó con delicadeza la falda y recogió su tanga del suelo.

—Tienes el aspecto de alguien que acaba de tener un encuentro sexual y lo ha disfrutado. Mi familia solo tendrá que echarte un vistazo y sabrán lo que hemos estado haciendo. Esto es algo entre tú y yo, y quiero que siga siendo así —aseguró acariciándole los labios con un dedo—. Hay un baño al otro lado del pasillo. Dime dónde está tu bolso. Si te pintas un poco los labios y te recompones, tal vez podamos disimularlo y despedirnos discretamente de ellos.

—Se suponía que este lápiz de labios tenía que haber resistido ocho horas de amor salvaje —comentó Gail con la mente ofuscada.

Se preguntaba cómo se las arreglaba Nicholas para pensar con claridad después de lo que acababan de hacer.

—Espero que hayas guardado la garantía —respondió él con una mueca.

Ella miró hacia otro lado con la intención de recuperar su equilibrio emocional.

—¿Dónde estamos? —preguntó echando un vistazo al elegante escritorio de madera y las estanterías repletas de libros.

—En el despacho de mi madre —respondió Nicholas estirándose la corbata.

—¿Acabamos de... de hacerlo en el despacho de tu madre? —

preguntó Gail horrorizada.

«Hacer el amor» no hubiera sido una expresión exacta, y las demás que se le venían a la mente tampoco le cuadraban.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —aseguró mientras un terrible pensamiento se le pasaba por la cabeza—. Tal vez sea porque esta no es la primera vez que...

—Esta es la primera vez que lo he hecho aquí —la interrumpió Nicholas negando con la cabeza—. Es la primera vez que lo hago en casa de mis padres. Y te aseguro que no estoy tranquilo, porque te deseo otra vez. Aquel escritorio me parece un buen sitio, pero creo que te mereces algo mejor que un escritorio para tu segunda vez. Si quieres practicar eso de los cincuenta trucos para seducir a un hombre, yo soy ese hombre.

Veinte minutos más tarde, Gail estaba en medio de su habitación con Nicholas, y aún seguía tratando de recuperar el sentido común. Veía claramente el deseo reflejado en sus ojos, y ella sentía en el pecho tanta presión que se preguntó cuándo sería capaz de volver a respirar con normalidad.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas pasándole la mano por el brazo antes de enlazar los dedos con los suyos.

—No lo sé. Aún no he tenido tiempo de pensarlo.

—Pues yo no voy a dejarte tiempo ahora para que pienses —aseguró él deslizándole la mano por el cuello.

—Creo... me gustaría conocer las reglas —consiguió decir Gail mientras él la besaba en los labios.

—¿Qué reglas? —preguntó él frunciendo el ceño pero sin dejar de mover los labios sobre su boca.

—Por ejemplo, si se trata solo de una noche o...

—No —la interrumpió él sin dejar de besarla—.Tenemos unas lista de cincuenta puntos que cumplir.

—¿Cómo te las vas a arreglar para cumplir una lista de cincuenta puntos conmigo con la cantidad de mujeres que tienes rondándote alrededor? —preguntó Gail mordiéndose el labio inferior.

—Hasta ahora no había tenido a nadie exclusivamente para mí —susurró Nicholas inclinándose hacia ella con una expresión de deseo en los ojos—. Quiero que esto quede entre tú y yo. Exclusivamente.

Ella había sido testigo de su fuerza, y había entrevisto su vulnerabilidad. Y aunque Nicholas no le estaba haciendo ninguna promesa eterna, quería estar con él por encima de todo.

—Quiero ser sólo para ti —aseguró Gail.

Nicholas la besó con una intensidad tal que envió millones de descargas eléctricas por todo su cuerpo. Él sacudió la cabeza, como si estuviera tratando de mantener el control. Luego levantó un dedo para acariciar sus labios hinchados.

—Si sigues mirándome así, me va a resultar muy duro tratarte como a una virgen.

Si ella hubiera sido otra mujer, se habría cubierto las espaldas marchándose. Porque estaba claro que no iba a poder evitar que le rompieran el corazón. Y sin embargo, Gail no tenía elección. Nicholas tenía todo lo que ella siempre había soñado en un hombre, aunque se hubiera limitado tan solo a eso, a soñarlo. Él lo tenía todo. El único problema era que no podría ser para siempre. Gail no se había sentido nunca tan deseada, tan mujer como durante el ardoroso acto sexual que habían compartido en casa de sus padres. Tragándose sus inhibiciones y sus miedos, Gail salió mentalmente del caparazón y lamió con la lengua el dedo de Nicholas.

—No me trates como a una virgen —susurró.

Sólo le hizo falta un segundo para registrar la pasión que sus palabras habían desatado en él. Gail sintió el escalofrío de haber accionado el detonador de una bomba mientras Nicholas le desabrochaba la chaqueta y la arrojaba lejos antes de afanarse a toda prisa con su falda.

—Como tú quieras —dijo desabrochándole el sujetador al mismo tiempo que la besaba.

Sus palabras, tanto las que decían como las que callaban, los rodeaban formando una barrera que los protegía del mundo exterior. Él estaba a salvo con ella. Y ella con él. Al menos por el momento.

Gail se dejó llevar por sus besos, por su seducción, y enredó la lengua con la suya. Sintió cómo Nicholas le acariciaba el pezón con los dedos índice y pulgar mientras deslizaba la otra mano desde su espalda hasta el trasero.

Gail comenzó a quitarse uno de los zapatos de tacón y él negó con la cabeza.

—Déjatelos puestos —le ordenó con sensualidad, haciendo subir la temperatura del ambiente varios grados.

—Estás muy guapo con ese traje —dijo ella—, pero quiero sentir tu...

Gail ni siquiera pudo terminar la frase antes de que Nicholas se quitara la corbata y la camisa, sin dejar de besarla durante un instante. Parecía como si la habitación se hubiera puesto al revés, y el aire que los rodeaba parecía estar cargado de electricidad.

Nicholas se apretó contra ella y Gail sintió su desnudez, su pecho duro, su abdomen plano y su excitación.

Él la guió hacia la cama y se inclinó para hundir la boca en su pezón.

—Quiero tocarte por todas partes a la vez —murmuró deslizándole la mano entre las piernas,

Cuando introdujo un dedo en su interior y acarició la zona más sensible de su anatomía, Gail se sintió florecer bajo sus caricias. Abrió instintivamente las piernas ante su contacto, y Nicholas exhaló un gemido de aprobación.

—Eres tan dulce, tan cálida... —susurró él levantando la vista para mirarla—. Me dijiste que no te tratara como a una virgen.

Gail sintió que se le secaba la boca ante la expresión de su rostro. La miraba como sí quisiera devorarla. Ella asintió con la cabeza.

Nicholas se arrodilló frente a ella y la besó con la boca abierta sobre el vientre. Luego comenzó a mover la lengua más y más abajo. Él la consumía íntimamente, su lengua y su boca la llevaban hasta el límite una y otra vez.

Cuando Gail pensaba que ya no podía alcanzar una cota más elevada de placer, Nicholas se incorporó y entró en ella con los ojos clavados en los suyos. Impresionada por el cúmulo de sensaciones que estaba experimentando, Gail disfrutó de cada movimiento que él hizo en su interior. Quería sentir el éxtasis de Nicholas, descubrir el placer reflejado en su rostro.

Gail sentía un fuego abrasador. Se colgó de él y sintió el instante preciso en que el climax de Nicholas la atravesó. Se puso tenso y cerró los ojos en gesto de sumo placer. Luego soltó una palabrota que más bien parecía una oración, y su orgasmo la llevó de nuevo a ella hasta el climax.

Nicholas se dejó caer sobre la cama con el cuerpo todavía unido a al suyo. Gail se sentía tan abrumada que tenía ganas de llorar, aunque tuvo la prudencia de contenerse. Trató entonces de concentrarse en la dureza del torso de Nicholas sobre sus pechos, en los latidos de su corazón que sentía como suyos propios, y en sus dedos que jugueteaban con su pelo.

—¿Estás bien?

El corazón de Gail dio un vuelco al escuchar la dulzura de su voz. Viendo el fuego y la pasión que desprendía, supo que Nicholas no sería capaz de recibir sin dar a cambio. No iba con él.

—No me has contestado —dijo Nicholas incorporándose ligeramente para mirarla.

—Dame tiempo —respondió ella aspirando con fuerza el aire—. Una semana, por lo menos —bromeó tras unos instantes.

—Me dijiste que no te tratara como a una virgen —aseguró Nicholas mirándola con una mueca entre burlona y tierna.

—Y seguiste mis instrucciones al pie de la letra —respondió ella —. Me has dejado consumida, y lo peor es que me ha gustado.

—Ten cuidado —advirtió Nicholas—. Si me hablas así, podrías hacerme comenzar de nuevo.

Gail tragó saliva y aceptó el desafío que le planteaban sus ojos.

—Me has dejado consumida y me ha gustado —repitió ella.

Capítulo Ocho

Cuando Gail se despertó a la mañana siguiente, entendió al instante el significado de la expresión: «El dolor de la recién casada». Aunque ella era una atleta y había sufrido agujetas con anterioridad, le dolía el cuerpo de una manera que nunca antes hubiera imaginado.

Miró el vacío que había a su lado, en el que antes había estado Nicholas, y acarició con la mano la almohada en la que él había reposado la cabeza. Le asaltaban un cúmulo de emociones. Empezó a pensar en todas las cuestiones que la noche anterior se había impedido a sí misma considerar.

Nicholas y ella habían cruzado la frontera, y se habían convertido en amantes. Amantes secretos. Se sentó en la cama y sintió un nuevo dolor, esta vez en el corazón. Por una parte, entendía el deseo de Nicholas de mantener su relación en secreto. El resto de su vida era demasiado pública. Y además, estaba el hecho de que ella trabajara para él. Y sin embargo, una parte de Gail no podía evitar preguntarse si no estaría avergonzado de ella, o al menos del deseo que sentía hacia ella.

Desde el momento en que conoció a Nicholas Barone supo que estaba fuera de su alcance, pero no quería que aquello fuera un problema. Aunque debía andar con cuidado, porque podría llegar a enamorarse de él.

Gail se miró en el espejo que había en el tocador y compuso una mueca. La verdad cayó sobre ella con toda contundencia. Si no estuviera ya enamorada de Nicholas, ¿acaso se habría entregado a él tan alegremente la noche anterior?

Gail notó que se le encogía el corazón y sintió una punzada de pánico. Se había enamorado de él. Aunque tal vez fuera algo normal entre las vírgenes. Quizá todas las mujeres se quedaban enamoradas después de la primera vez.

Pero Gail sabía la verdad. En el fondo de su corazón, la sabía, y ese conocimiento la golpeó como un mazazo. Estaba enamorada de Nicholas Barone. Y tenía que guardarlo en secreto.

Durante el día, Gail se enfrentaba a sus pequeñas dudas, pero cuando Nicholas llegaba cada noche, conseguía que todas sus preocupaciones desparecieran. Compartían las veladas en casa con

Molly, y una noche incluso se aventuraron a ir a la Heladería Baronessa, en Hannover Street.

El edificio conservaba el aspecto y el encanto de las tiendas antiguas de caramelos, con sus taburetes y su escaparate. A Gail le encantó nada más verla.

María los recibió a los tres con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya era hora de que nos visitarais. Puedo ofreceros chocolate caliente y capuchino, si tenéis frío.

Gail no pudo evitar pensar en el beso apasionado que ella y Nicholas acababan de darse justo antes de salir de casa.

—Yo no tengo frío —aseguró ella sin atreverse a mirarlo a los ojos—. A Molly y a mí nos encantaría tomarnos un helado de fresa.

—Que sean tres —dijo él siguiendo a su hermana hacia la parte trasera de la heladería, que estaba bastante llena—. Me sorprende que no hayas pedido salsa de caramelo caliente —le susurró a Gail sentándose a su lado y rozándole la pierna.

—No deberías coquetear conmigo en público si quieres mantener nuestra relación en secreto —aseguró ella mirándolo con asombro.

—Es que me cuesta mucho trabajo —protestó Nicholas—. Así que tú me dirás qué vas a hacer al respecto.

—¿Al respecto de qué? —preguntó Gail mientras colocaba a la niña en una trona.

—Al respecto de cómo me afecta tu presencia —respondió él mirándola con un ardor capaz de prender fuego a todo el edificio.

—A lo mejor no te acuerdas del número treinta y siete de la lista —dijo Gail llevándose a la boca una cucharada del helado que acababa de servirle un camarero.

—Seguramente no. Mis circuitos se han quedado clavados en el número veintinueve.

—El punto treinta y siete está relacionado con el helado —aseguró ella lamiendo los restos de dulce de su cucharilla.

—¿Helado y qué más?

—Algo por lo que me arrestarían si me atreviera a hacerlo en público —respondió Gail sonriendo mientras daba otro lametón a su cuchara.

Nicholas se estiró el cuello de la camisa y ella casi pudo notar cómo le salía humo por la cabeza. La certeza de saber que tenía el poder para excitarlo de aquel modo resultaba muy gratificante.

—Ya que hablamos de la lista, te diré que no estoy de acuerdo con uno de los puntos —dijo de pronto Nicholas sirviéndole a su hija en la boca una cucharada de helado—. No me gusta tu lápiz de

labios.

—¿Por qué no? —preguntó Gail parpadeando.

—Porque preferiría que llevaras uno que dejara marca cada vez que me besas —respondió él—. Marcas por todas partes.

A Gail se le formó un nudo en el estómago ante la posibilidad de dejar a Nicholas marcado, de hacerlo suyo.

—Tal vez podríamos añadirlo a la lista —propuso ella—. ¿Puedo elegir yo el lugar donde te besaría?

—Sí, pero yo trataría de influenciarte.

Estaba segura de ello. Gail resistió la apremiante necesidad de llevarse el plato de helado a sus acaloradas mejillas. Las imágenes sensuales que ella y Nicholas estaban evocando le habían dejado el cerebro momentáneamente noquea-do.

—¿Va todo bien? —preguntó María apareciendo de pronto a su lado.

—Perfectamente. Llevas el negocio con la misma gracia que la abuela Angélica.

—Eso es todo un cumplido viniendo de ti —aseguró su hermana con expresión encantada.

—Te lo mereces.

—Gracias. ¿Seguro que va todo bien? Me daba la impresión de que estabais teniendo una conversación de lo más intensa...

—Le estaba comentando a Gail que los helados se hacen directamente aquí —aseguró Nicholas al instante.

—Así es —respondió Maria asintiendo con la cabeza—. Tenemos el compromiso de mantener la atmósfera y la calidad de la tienda original. Otro día te enseñaré la cocina donde se hace, Gail, Pero ahora, si me disculpáis, tengo que atender a los clientes...

—María es una apasionada de la heladería —le comentó Nicholas a Gail cuando su hermana se hubo marchado—. Ella trabajó aquí con la abuela Angélica hasta que ésta murió el año pasado.

Gail le echó un vistazo a las grandes fotografías en blanco y negro de los abuelos de Nicholas inaugurando la tienda. En sus jóvenes rostros parecían estar escritos el amor y la esperanza.

—Se amaron muchísimo, ¿verdad?

Nicholas asintió con la cabeza.

—Marco la amó lo suficiente como para fugarse con ella —aseguró con aire pensativo—. Tuvieron muchos problemas, pero compartieron uno de esos amores para toda la vida que no todos tenemos la suerte de encontrar.

El corazón de Gail dio un vuelco al contemplar la expresión de

su rostro. Ella deseaba con toda su alma que Nicholas sintiera un amor de aquel tipo hacia ella. Deseaba que él pudiera mirarla y ver cuánto lo amaba. Pero entonces sintió un nudo en el estómago. Si Nicholas se enteraba de lo fuertes que eran sus sentimientos respecto a él, la dejaría más rápidamente de lo que tarda un helado en derretirse una tarde de verano. Tenía que dejar de hacerse ilusiones.

Aquella noche, después de haber hecho el amor en la cama de Gail, ella se puso boca abajo algo incorporada para mirarlo y dejó caer una mano sobre su fuerte pecho.

—Cuéntame otra historia sobre los Barone.

—No, por favor —protestó Nicholas.

Las historias familiares se habían convertido de alguna manera en parte imprescindible de las veladas que compartían. Gail hacía el amor con él con la fuerza de un huracán y luego le pedía una historia.

Los ojos ilusionados de Gail en aquel momento tocaron una fibra sensible de su interior. A pesar del ardor de sus encuentros pasionales, Nicholas no se había engañado a sí mismo creyendo que deseaba a Gail solo por sexo. Seguramente preferiría morir antes que admitirlo, pero se sentía a salvo con ella. Gail no lo traicionaría, no le mentiría. Preferiría hacerse daño ella antes que hacérselo a él.

El hecho de que Gail lo aceptara tal y como era, en su totalidad, conmovía a Nicholas de una manera que nunca hasta entonces había experimentado. Aunque era consciente de que el amor no era para él, sentía un instinto de protección muy fuerte respecto a Gail.

—Cuéntame más cosas de Marco y Angélica —le suplicó ella con una sonrisa.

—Marco estaba viviendo con una familia en cuyo restaurante trabajaba cuando se enamoró de Angélica. Se suponía que ella tenía que casarse con un hombre llamado Vincent, y la familia que se ocupaba de Marco daba por hecho que algún día él se casaría con su hija Lucia. Cuando Marco y Angélica se fugaron, toda la familia se puso furiosa, y Lucia estaba tan enfadada que lanzó una maldición contra mis abuelos.

—¡No puede ser! —exclamó Gail.

—Así fue —aseguró Nicholas, sonriendo ante su indignación—. No solemos hablar de ello, pero cuando lo hacemos, lo llamamos «La maldición del Día de San Valentín».

—¿Por qué ese nombre? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Porque a lo largo de los años ocurrieron algunos hechos

trágicos en el Día de San Valentín. Angélica perdió al primer hijo que esperaba ese día, y, algunos años más tarde, en la misma fecha, raptaron a uno de sus hijos gemelos.

—Qué horror —intervino Gail sacudiendo la cabeza—. Cuando mencionaste que Angélica y Marco tuvieron problemas, pensé que estabas exagerando.

Gail se detuvo un instante y levantó el dedo para acariciarle la barbilla antes de seguir hablando.

—¿Tú crees en la maldición?

—Por supuesto que no —respondió Nicholas.

—Me ha parecido notar un tono de duda en tu voz.

Él recordó su ruptura con la madre de Molly en el Día de San Valentín. Pero con Gail subida encima de él, cálida y sensual, aquella ruptura le parecía muy lejana.

—Por supuesto que no —repitió.

—Tal vez consiga sacarte más cosas en otra ocasión —aseguró Gail, claramente insatisfecha por la respuesta.

—Inténtalo —la retó Nicholas, fascinado por su mirada.

Ella inclinó la cabeza para besarlo suavemente en el pecho. El contacto de su boca le resultó tan erótico que le parecía casi insoportable, pero Nicholas no podía apartarse de ella. Que el cielo lo ayudara, pero si no se andaba con ojo, aquella mujer podría llegar a tocarle en el corazón.

A la tarde siguiente, Nicholas le robó un beso a Gail en la cocina mientras ella le daba de comer a Molly.

—Pá-pá-pá —palmoteo la niña al verlo entrar.

—Bella bambina —exclamó Nicholas acercándose a su hija—. ¿Qué tal has pasado el día hoy? Esta noche te bañará papá. Por cierto, Gail, hoy me ha llamado uno de los miembros de la Sociedad Histórica de Boston. Se me había olvidado que había ofrecido mi casa para la junta de Enero. Será dentro de unos días, y quería que lo supieras.

—¿Y cuánto durará? —preguntó Gail mientras retiraba la bandeja de comida de la trona de Molly.

—Dos o tres horas como mucho, pero Corinne estará entrando y saliendo un par de días antes —respondió él encogiéndose de hombros.

—¿Corinne? —preguntó Gail con el corazón encogido deteniéndose un instante.

—Sí —respondió él mirándola fijamente.

Una docena de posibilidades afloró a la mente de Gail. Las dos primeras fueron las más dolorosas: Quería volver a ver a Corinne. Ya se había aburrido de ella.

—No hay nada entre Corinne y yo —aseguró Nicholas acercándose al comprender el porqué de su expresión turbada—. Este encuentro está planeado desde hace meses. Ella también es miembro de la Sociedad Histórica, y me convenció para que prestara mi casa prometiéndome que ella se encargaría de organizarlo todo. No significa nada para mí —la tranquilizó rozándole los labios con los suyos—. Luego te lo demostraré. Esta misma noche.

Pasada ya la medianoche, Nicholas había dejado muy claro cuánto deseaba a Gail, tal y como había hecho muchas noches anteriores. Además, le había contado otra de sus historias familiares.

Tal vez debería estar tranquila. Gail podía ver que lo que Nicholas sentía por ella iba más allá del deseo físico. Pero en aquel momento, sola en la oscuridad, las dudas crecieron como brasas avivadas por el fuego. Nicholas acudía a su cama casi cada noche, y actuaba como sin nunca tuviera suficiente de ella. Pero Gail no podía borrar el hecho de que siempre se marchaba bastante antes del amanecer.

Nunca se quedaba a dormir con ella.

Capítulo Nueve

Sonó el timbre de la puerta, y como Gail sabía que la doncella estaba ocupada, agarró a Molly y se fue ella misma a abrir. La niña le restregó la cara llena de migas y restos de galleta de chocolate por el jersey en el momento en que ella abría la puerta a la mujer más bella que había visto en su vida. Tenía una hermosa melena rubia que le caía como una cascada sobre el abrigo de cachemira de color beige. Sus ojos azules estaban maquillados con exacta precisión, y le brillaban los labios con un toque impecable de rosa sedoso. Gail no tuvo más remedio que quedarse mirándola fijamente, porque aquella mujer podría haber escrito un libro sobre cómo parecer una diosa.

—Soy Corinne Gladstone. He venido a ultimar los detalles de la reunión de la Sociedad Histórica. Usted debe ser la niñera —dijo extendiendo la mano y retirándola al instante al observar el jersey sucio de Gail—. Y tú debes ser la adorable hija de Nicholas, Molly —dijo sonriendo a la niña.

Molly ladeó la cabeza.

—Estoy encantada de conocer por fin a Molly. Últimamente no he podido ver mucho a Nicholas, porque está totalmente dedicado a la niña. Supongo que este encuentro de la Sociedad Histórica servirá para que las cosas vuelvan a su cauce. ¿Le importaría por favor avisar a la doncella? —dijo antes de detenerse un instante—. Disculpe, no recuerdo su nombre...

—Gail Fenton —repitió ella, luchando contra la sensación de que alguien había invadido el hogar de Nicholas.

O tal vez luchando contra el temor de que Nicholas hubiera perdido la fascinación que sentía por ella ahora que Corinne había vuelto a escena.

—Llamaré a la doncella —dijo girando a Molly en dirección a las manos recién salidas de la manicura de la otra mujer—. ¿Quiere usted sujetar a la niña?

—No estoy muy segura... —comenzó a decir Corinne mirando con aprensión a aquella niña manchada de galleta y zumo de frutas.

Molly se revolvió y dejó escapar un sonido de protesta.

—Oh, vaya, parece un poco traviesa —comentó Corinne dando un paso atrás mientras arqueaba una ceja—. Nicholas estuvo muy acertado al contratar a una niñera. Bueno, Jane, no quiero entretenerla más. Por favor, llame a la doncella.

—Es Gail —la corrigió ella—. Gail, no Jane.

—Gail —repitió Corinne componiendo una sonrisa angelical—. Lo siento, no había prestado atención. Debería grabarme su nombre aquí —aseguró palmeándose levemente la frente—. Pensando en un futuro próximo. Me gusta mucho Nicholas, y puede que usted y yo terminemos viéndonos con frecuencia.

Gail compuso una sonrisa forzada y apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que iba a partirse alguno. Asintió con la cabeza, avisó a la doncella y subió las escaleras con Molly en brazos. Estaba claro que Corinne no la veía como una amenaza para su plan de cazar a Nicholas. De otro modo, no le hubiera hecho semejante confidencia.

Gail echó un vistazo en el espejo a su rostro sin maquillaje, su jersey lleno de migas y la niña colgada de una cadera. Desde luego, parecía cualquier cosa menos una diosa. Aunque lo intentara con todas sus fuerzas, jamás conseguiría alcanzar la belleza de Corinne.

¿Significaba aquello que Nicholas la vería siempre como algo temporal? Escuchó el eco del silencio dentro de sí, y sintió una punzada de dolor en el corazón. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado tan rápidamente de él? Y muy pronto, cuando Nicholas dejara de desearla, tendría que fingir que no le importaba en absoluto. Tendría que fingir cualquier cosa si Corinne tenía éxito en su operación de hacerle volver con ella.

Gail se guardó sus dudas para sí durante los dos días siguientes, a pesar de las frecuentes e inesperadas visitas de Corinne. Hizo todo lo posible para mantener ocultos sus temores a los ojos de Nicholas. Cuando por fin llegó la noche de la reunión, Gail esperó en el piso de arriba. Se entretuvo jugando con Molly hasta que llegó la hora de meterla en la cama, y cuando la niña por fin se durmió, Gail encendió la televisión en su cuarto, aunque más tarde fue incapaz de recordar ninguno de los programas que vio. Cuando escuchó que los asistentes a la reunión se marchaban, respiró con alivio. Pasaron los minutos, pero Nicholas no subía.

Una imagen inquietante acudió a su cabeza. Nicholas y Corinne en el piso de abajo recuperando el tiempo perdido. Gail se puso en pie y fue en busca de la doncella para pedirle que le echara un ojo a Molly. Luego salió por la puerta trasera.

A Nicholas le dolía la cabeza.

Nunca antes había caído en la cuenta de lo irritante que podía llegar a resultar Corinne. Era una mujer de una belleza

impresionante, pero tenía una risa que a él le rechinaba como si alguien pasara las uñas por una pizarra. Nicholas se preguntó cómo se le podía haber pasado antes lo superficial que era. O tal vez fuera que antes no le importaba. ¿Y por qué le importaba ahora? La respuesta le llegó de sopetón. Gail. La culpa era de Gail. Nicholas había pasado años saliendo con modelos y jóvenes de la alta sociedad, pero Gail era la primera mujer de verdad que había estrechado entre sus brazos.

Deseoso de verla, Nicholas subió las escaleras hasta su dormitorio y llamó con los nudillos a la puerta. No hubo respuesta, así que la abrió. Gail no estaba.

Nicholas frunció el ceño y se dirigió a la habitación de la doncella.

—¿Le ha dicho adonde iba? —le preguntó cuando le contó que Gail había salido un momento.

—No, pero me ha dejado el número de su teléfono móvil —respondió la doncella negando con la cabeza—. Iba vestida con ropa de deporte.

Nicholas se dirigió a su dormitorio y se desató el nudo de al corbata. Un misterio menos. Si Gail iba vestida de deporte, probablemente significaba que había ido al gimnasio. Nicholas se preguntó si habría llamado a alguno de sus amigos para que se encontraran con ella allí. A lo mejor había quedado con Jonathan. La idea le provocó una punzada en el estómago.

Gail llevaba un par de días muy callada. Él se había dado cuenta, pero cuando había intentado sacarle la razón, ella se las había ingeniado para desviar su atención con alguna sugerencia erótica.

Nicholas se cambió a toda prisa de ropa y salió hacia el gimnasio, que estaba un par de manzanas más abajo. Miró en las canchas de tenis y escudriñó los rostros de los jugadores de voleibol que estaban terminando un partido. Luego miró en todas las salas, y finalmente divisó una figura solitaria metiendo canastas en la pista de baloncesto.

Su pelo rojo, recogido en una coleta, se balanceaba mientras ella corría y saltaba, recogiendo los rebotes. Hubo un momento en que la pelota salió de la pista y Nicholas se levantó impulsivamente a recogerla. Gail se dio la vuelta, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—Tu rostro se sonroja igual cuando hacemos el amor —dijo él mirándola fijamente mientras le devolvía la pelota—. ¿Por qué te has marchado sin decirme nada?

—Estabas muy ocupado con Corinne —respondió Gail desviando la mirada.

—Lo menos que podías haber hecho era rescatarme.

—He visto a Corinne. No se me ocurrió pensar que estuvieras sufriendo —respondió ella con acidez.

—No se ríe como tú.

—¿Y qué importancia tiene eso? —se interesó Gail volviendo a mirarlo a los ojos.

—Mucha. ¿Sabes que hacerte reír es para mí casi tan apasionante como hacerte llegar al climax?

Gail parpadeó, incapaz de decir nada durante un instante. Luego tragó saliva.

—Yo nunca seré como ella, por mucho que me empeñara.

—Y no quiero que lo seas —aseguró Nicholas frunciendo el ceño.

—Me parece que no lo entiendes. Yo nunca seré así de hermosa, así de pulcra y sofisticada.

—La que no lo entiendes eres tú. Corinne nunca será como tú, aunque lo intente.

—No creo que a Corinne le interese nada de lo que yo tengo —aseguró Gail con una mueca.

—¿Y qué me dices de mí? —preguntó Nicholas.

—Yo no te tengo —aseguró ella mirándolo fijamente.

—Me tienes deseando estar contigo esta noche —respondió él acercándose un poco más.

Nicholas observó el cúmulo de emociones que se reflejaron en los ojos de Gail antes de que ella los cerrara con fuerza.

—¿Por qué te has marchado? —le preguntó entonces estrechándola entre sus brazos.

—Para que no oyeras mis lamentos —susurró ella bajando la vista.

—No puedo creer que Corinne te inspire algo así —respondió Nicholas con una mueca—. Es totalmente inofensiva.

—Me dijo que tiene planeado reavivar vuestra relación, y que probablemente yo la viera más a menudo —dijo Gail torciendo la boca.

—Está soñando —aseguró él negando con la cabeza, sorprendido ante los planes de Corinne—. No tengo ningún...

Nicholas se detuvo. Se estaba impacientando. El tiempo que compartía con Gail se había convertido para él en una isla alejada de la locura. Y no consentiría ninguna intrusión en ella.

—¿Por qué estamos hablando de Corinne, cuando deberíamos

regresar juntos a casa?

—¿No te motiva la cancha de baloncesto? —preguntó Gail con un brillo insinuante en la mirada.

—El sitio es lo de menos. Pero creo que estaremos más cómodos en mi cama.

—¿Tu cama? —preguntó ella abriendo mucho los ojos—. Siempre vienes tú a mi habitación...

—¿Te supone algún problema venir a mi cuarto? —insistió Nicholas dejándose llevar por un primitivo instinto de posesión.

—Déjame recoger mi sudadera —respondió ella con los ojos brillantes por la emoción.

Horas más tarde, después de que Nicholas le hubiera hecho el amor una y otra vez, Gail permanecía tumbada en su cama, deleitándose en cada sensación, desde el contacto sedoso de las sábanas de algodón egipcio hasta el placer de notar su cuerpo apretado junto al suyo.

La mente de Gail discurría muy deprisa, y se permitió a sí misma vagar por los pensamientos que normalmente mantenía bien ocultos en su interior. ¿Qué ocurriría si se acostara cada noche a su lado? ¿Qué ocurriría si Nicholas fuera su compañero? ¿Qué ocurriría si fuera su marido?

El corazón de Gail dio un vuelco ante aquella ocurrencia, y clavó la vista en su rostro dormido, temiendo que aquel pensamiento prohibido tuviera la fuerza de despertarlo. ¿Qué ocurriría si ella tuviera derecho a saludarlo con un beso todas las mañanas, hacer el amor con él cada noche y acariciarle la frente cuando estuviera preocupado por los negocios de los Barone? ¿Qué ocurriría si ella fuera en verdad la mujer de su vida, y él su hombre?

Las imágenes que se le cruzaron por la cabeza eran tan dulces que Gail sintió ganas de llorar. ¿Sería aquello lo que había estado buscando toda su vida, pero que nunca se había atrevido casi ni a desear?

Gail cerró los ojos. Necesitaba tranquilizarse.

A Nicholas no le gustaría en absoluto la dirección que estaban tomando sus pensamientos.

Exhaló un profundo suspiro y supo lo que tenía que hacer. Él siempre se marchaba en medio de la noche. Y aunque cada fibra de su cuerpo se rebelara contra ello, Gail sabía que ella tenía que actuar del mismo modo.

Abrió los ojos y depositó sobre la frente de Nicholas el más delicado de los besos. Luego se mordió el labio inferior, y, con sumo

cuidado, se deslizó fuera de la cama de Nicholas y se marchó a su dormitorio.

La noche siguiente, cuando Molly estaba ya acostada, Gail y Nicholas compartieron una cena a la luz de la chimenea en el cuarto de Nicholas. Ella se había puesto una camisa de color albaricoque con falda a juego, y se había peinado y maquillado como si se tratara de una cita. Estaba empezando a aprender que uno de los secretos para sentirse una diosa era disfrazarse de una de ellas.

—Estar contigo se está convirtiendo en una adicción para mí —aseguró Nicholas levantando la mano para acariciarle la mejillas.

Gail se inclinó hacia él para besarlo en los labios, y luego introdujo la lengua en su boca, con el secreto deseo de ser una adicción de la que él nunca pudiera librarse. Entonces le desabrochó la camisa y le deslizó las manos sobre el pecho.

Nicholas dejó resbalar un dedo perezoso por el cuello de Gail, que luego siguió descendiendo por dentro de la camisa hasta su pezón erecto. Ella dejó escapar un pequeño suspiro.

—Maldita sea —murmuró él—. Ya estoy otra vez duro. ¿Tienes idea de lo sensual que me resulta saber que me basta con rozarte para que seas mía? Apuesto a que ya estás mojada —aseguró deslizando la mano entre sus piernas para comprobarlo.

Mientras la acariciaba, Nicholas comenzó a susurrar en italiano, y aquellas palabras le resultaron a Gail el más sensual de los sonidos.

—¿Qué has dicho? —preguntó mientras le desabrochaba con urgencia de amante los pantalones.

—Ángel, hechicera... —murmuró Nicholas mirándola con pasión—. Eres las dos cosas.

Sin dejar de besarla en la boca, le quitó con maestría la ropa antes de colocarla firmemente sobre su erección. Con aquella mirada de terciopelo clavada sobre la suya, que resultaba más eficaz que una celda con barrotes, Nicholas entró en ella.

—Móntame —ordenó él con un tono ronco que viajó a través de la sangre de Gail como un explosivo.

Él la guió por su interior, con el cuerpo recto mientras Gail lo tomaba. Se sintió invadida por una inmensa sensación de poderío femenino. Nada deseaba más en el mundo que sentirlo lo más cerca posible de sí. El ritmo de aquella sensual invasión hizo que se le acelerara el pulso en todos sus rincones ocultos. A cada embestida,

Nicholas acertaba allí donde ella era más sensible.

Gail sintió que se le nublaba la visión, y se colgó de los hombros de su amante. Su propio climax la inundó, envolviéndola como un huracán. Ella gritó su nombre, y lo sintió dar una última embestida dentro de ella, con su cuerpo poderoso inclinándose sobre el suyo. Temblando de placer, Gail se sintió de pronto exhausta y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Estaba tratando de recuperar el aliento, de recuperar la cordura, pero solo aparecía Nicholas en su cabeza.

—Te amo —susurró, con las palabras saliendo por su propio pie de su boca—. Te amo.

Sus sentimientos habían dejado de ser un secreto.

El corazón seguía latiéndole tan deprisa que no estaba muy segura de haber pronunciado las palabras en voz alta. Nicholas permanecía totalmente quieto. Seguía estrechándola entre sus brazos, pero Gail percibió algo diferente en su cuerpo.

Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Le habría dicho en voz alta que lo amaba?

Gail lo miró a los ojos y obtuvo inmediatamente la respuesta. El la abrazaba, pero tenía la mirada más lejana que nunca. Aquello parecía imposible. Hacía solo unos instantes habían estado totalmente unidos.

Ella lo agarró por la barbilla, y Nicholas no se movió, pero apartó la vista. Gail supo entonces que había cometido un terrible error.

Capítulo Diez

Gail contuvo la respiración cuando escuchó a Nicholas subir las escaleras la noche siguiente. Se había quedado hasta tarde en el trabajo, y cuando escuchó sus pasos cerca de su puerta, Gail deseó con toda su alma que llamara con los nudillos. Esperó, pero no hubo llamada. Escuchó cómo Nicholas entraba en la habitación de Molly, pero en la suya no entró.

Aquel silencio la atravesaba como un cuchillo. Nicholas Barone quería sonrisas cálidas, noches de pasión y sentirse aceptado, pero no quería su amor. Gail cerró los ojos llena de dolor.

«No puedo creerlo», pensó mientras se levantaba de la cama. Estaba segura de que no había sido solo sexo. Nicholas podía conseguirlo con cualquier mujer. Tal vez él no se diera cuenta, pero la razón por la que la deseaba era porque ella lo amaba. Seguramente, aquella certeza lo hiciera sentirse incómodo, pero lo que Nicholas Barone quería y necesitaba era el amor de una buena mujer. Y esa mujer era ella.

Gail comenzó a recorrer la habitación de arriba abajo. Le dio vueltas a la idea de irrumpir en el dormitorio de Nicholas, encender las luces y gritarle que lo amaba y que no se avergonzaba de ello. Se acabó el tener que morderse el labio para evitar que se le escapara en la oscuridad, y se acabó el temor a que él pudiera leerlo en sus ojos. Las cartas ya estaban boca arriba, y, por una parte, Gail se sentía aliviada.

Y por otra, aterrorizada.

Nicholas no le había pedido en voz alta la noche anterior que se marchara de su dormitorio, pero se notaba que quería estar solo. Y después de la intimidad que acababan de compartir, aquello le resultó doloroso a Gail. Aun así, entendía que Nicholas necesitaba tiempo para digerir lo que sus cuerpos se habían demostrado sin palabras, y eso no podía conseguirse en cuestión de segundos. Gail lo entendía.

Si le dejaba algo de tiempo para pensar, tal vez Nicholas recapacitara. Era la única opción que le quedaba. Había quedado claro que ella lo amaba, y él quería ese amor. Y aunque Nicholas no estuviera enamorado de ella en aquel instante, tal vez con el tiempo... El lazo que los unía era demasiado poderoso. Nicholas volvería a ella.

Al menos, así lo esperaba.

—¿No me has oído, Nicholas? —le preguntó su hermana Gina con el ceño fruncido—. ¿Qué te ocurre? Es la tercera vez que te repito lo mismo.

Nicholas sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Se puso en pie, incapaz de permanecer sentado ni un segundo más.

—No me pasa nada. Simplemente, no dormí muy bien anoche.

—¿Saliste otra vez con Corinne? —preguntó Gina levantando una ceja.

—No. Un hombre puede tener muchas cosas en la cabeza que no tengan que ver con las mujeres.

—¿Hay alguna cuestión de trabajo que yo debería saber? —insistió ella frunciendo el ceño.

Nicholas exhaló un suspiro. Su hermana era tremendamente intuitiva y persistente. Necesitaba ambas cualidades para triunfar en la empresa familiar. Nicholas sabía que muchas veces tanto él como su padre la habían subestimando en ese terreno.

—La empresa marcha estupendamente. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Entonces, si tampoco es por Molly, tiene que tratarse de una mujer —aseguró Gina sentándose en el escritorio de su hermano. —Tal vez no sea asunto tuyo. —Tal vez pueda ayudarte —respondió ella sin inmutarse—. Has salido con tantas mujeres desde Danielle que no tengo dedos para contarlas, pero no te había visto feliz hasta hace unas cuantas semanas. Si has encontrado a alguien que valga la pena, no la dejes escapar.

Y dicho aquello, Gina dejó sobre la mesa el informe que había ido a llevar y salió del despacho. Nicholas se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana hacia la Avenida Huntington. Si su hermana pequeña era capaz de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, entonces había ido bastante más lejos de lo que esperaba. Había permitido que Gail se acercara demasiado, y ahora lo estaba pagando. Se había prometido a sí mismo que nunca volvería a implicarse tanto con una mujer como para perder su capacidad de concentración.

Gail no era la primera mujer que le confesaba su amor en un momento de pasión. Pero sí era la primera mujer que creía que de verdad lo amaba. Las demás querían algo, pero Gail no se consideraba a sí misma lo suficientemente atractiva como para considerar la idea de casarse con él. No, ella buscaba algo mucho más peligroso que una boda o su dinero. Gail quería ser su amiga y su amante. Era capaz de ofrecerle su corazón en una bandeja, pero

quería el suyo a cambio.

Y el solo hecho de pensarlo lo aterrorizaba.

Durante las dos siguientes noches, Nicholas se quedó a trabajar hasta tarde, y, después de entrar a ver a Molly, pasaba por delante de la puerta de Gail. El hecho de saber que la tenía tan cerca le provocaba un deseo de estar con ella que le aprisionaba el pecho. Turbado, Nicholas se marchaba a su habitación y trataba de dormir, pero las imágenes de Gail aparecían una y otra vez, y su risa lo envolvía durante su duermevela como una caricia.

La tercera noche, Nicholas siguió el mismo procedimiento. Cerró con cuidado la puerta de Molly y, aspirando el aire, captó una suave esencia que le resultó familiar. Se dio la vuelta y vio a Gail enfrente de él. El corazón le dio un brinco.

—¿Cómo estás? —preguntó ella dulcemente.

Sus ojos reflejaban un cúmulo de emociones que lo atraían y lo alejaban al mismo tiempo. Lo natural, lo más fácil para él, hubiera sido abrazarla, pero no lo hizo.

—Bien —respondió Nicholas—. Muy ocupado.

—Te he echado de menos —susurró Gail acercándose a él—. Pareces cansado. ¿Quieres que te sirva una copa de vino? —preguntó alzando la mano para acariciarle la barbilla.

La presencia de Gail suavizó miles de durezas que tenía en su interior. Nicholas se dijo a sí mismo que ella no debería tener semejante poder sobre él.

—No. Sólo necesito dormir.

Nicholas trató de apartar los ojos de su mirada, pero no fue capaz. Cuando ella se puso de puntillas y lo besó en los labios, no pudo retroceder.

—¿Has estado reflexionando y has decidido que ya no quieres estar conmigo?

Nicholas tenía tantas ganas de besarla que le dolía el cuerpo. Se moría por tomarla en brazos y llevarla a su habitación. Se moría por perderse dentro de ella.

—No hagas que entre nosotros parezca que hay más de lo que hay —dijo Nicholas, tanto para ella como para él mismo.

La escuchó entonces quedarse un instante sin respiración y se dio cuenta por la expresión de sus ojos de que le había hecho daño. Se dijo a sí mismo que era un dolor necesario, pero no podía evitar sentirse como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el costado. Ella se había acercado demasiado.

Al final de la semana, Nicholas estaba prácticamente exhausto. Era viernes, y aunque sabía que Gail estaría en casa, no se vio con la energía suficiente como para quedarse más tiempo en la oficina.

Mientras metía la llave en la puerta de entrada, vio que había una luz prendida en el estudio y que estaba encendida la televisión. Nicholas sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Gail estaría allí, probablemente esperándolo. No tenía fuerzas para resistirse ni para enfrentarse a ella, así que abrió la puerta, esperando oír su voz llamándolo por su nombre.

En vez de aquello, escuchó el sonido de una voz masculina saliendo del estudio. Nicholas se asomó con curiosidad y vio a Jonathan, el amigo de Gail, jugueteando con su cabello. Luego lo escuchó murmurar algo, inclinar la cabeza, y atraerla hacia sí para estrecharla entre sus brazos.

Nicholas sintió que algo en su interior se congelaba. Se quedó allí parado, observando a Gail en brazos de Jonathan durante cinco segundos completos. Sintió que lo asaltaba el mismo sentimiento de traición que había experimentado con Danielle.

Gail se inclinó hacia atrás y su rostro se hizo visible para Nicholas. Sus miradas se cruzaron durante una fracción de segundo. Ella abrió la boca como si fuera a decir algo, pero Nicholas no se quedó allí para escucharlo. Se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras. Cerró tras él la puerta de su dormitorio, sintiéndose invadido por una furia helada. Cayó entonces en la cuenta de que todavía tenía el abrigo puesto. Se lo quitó y se aflojó la corbata. Luego se desabrochó la camisa con tanta fuerza que se saltaron dos botones. No debería importarle un comino a quién abrazaba o quién la abrazaba a ella. Debería darle igual. Aquel había sido el objetivo de toda la semana, conseguir que no le importara.

Llamaron a la puerta con los nudillos, pero Nicholas no respondió. Tenía el pulso acelerado. Terminó de quitarse la camisa y se dirigió al minibar para servirse un vaso de whisky escocés. ¿Cuándo aprendería que no se podía confiar en las mujeres?

Volvieron a llamar a la puerta, pero él actuó como si no lo hubiera escuchado. Se bebió el whisky de un trago y sintió cómo el líquido se deslizaba por su garganta, quemándola.

—Tenemos que hablar —dijo Gail abriendo la puerta con los ojos brillantes.

—No —respondió él—. Márchate. Ella negó con la cabeza y cerró la puerta tras de sí.

—Desde que te dije que te amaba, te has comportado como un imbécil.

—Pensé que te habías tomado lo nuestro más en serio de lo que era. Pero acabo de comprobar que estaba equivocado.

—Lo que has visto es a Jonathan consolándome. Sí, estaba llorando.

—No tienes que darme ninguna explicación-aseguró él sirviéndose otra copa—. La nuestra no era una relación de exclusividad. Puedes hacer con Jonathan lo que te dé la gana.

—¿A ti te daría igual que nos convirtiéramos en amantes? —preguntó Gail palideciendo.

—Puedes hacer lo que te parezca. No es asunto mío.

—No puedo creer que me estés diciendo esto —aseguró ella con los ojos anegados en lágrimas—. Yo no quiero a Jonathan, te quiero a ti.

La imagen de Gail en brazos de Jonathan se repetía una y otra vez en su cabeza. Nicholas estaba impresionado y horrorizado al mismo tiempo por la profundidad de su dolor.

—No tiene importancia. Si quieres estar conmigo, podemos pasar un buen rato. Como siempre.

Gail tragó saliva al escuchar aquellos comentarios tan hirientes. Nicholas sabía que ella tenía mucho aguante, pero que no soportaría que él menospreciara lo que habían compartido. Fue testigo del momento en que Gail comenzó a alejarse emocionalmente de él. Fue como si de pronto se hubiera construido una coraza. Ella apartó la vista y se abrazó a sí misma.

—Tengo que pensar en lo que voy a hacer —dijo finalmente en voz baja.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nicholas, desconcertado por su súbita falta de emoción.

—Me refiero a que tengo que pensar si lo mejor para mí no sería marcharme.

La idea de que Gail despareciera lo golpeó como un mazazo.

—No puedes irte —aseguró Nícholas—. Tenemos un contrato.

—Con un periodo de prueba de treinta días —aseguró ella mirándolo a los ojos—. Han pasado muchas cosas, pero aún no se ha cumplido ese plazo.

—No puedes utilizar eso en contra mía —dijo él.

—¿Utilizar el qué? —respondió Gail—. ¿Cómo crees que podría usar nada en tu contra? Estoy empezando a pensar que eres un completo misógino. O tal vez seas masoquista. Te niegas a creer que una mujer pueda amarte y esté dispuesta a hacer lo que sea por ti. Te niegas a confiar en ella cuando te ha dado todos los motivos del mundo para hacerlo.

Gail tenía los ojos brillantes de rabia, y los cerró en un intento de tranquilizarse.

—Tengo que pensar en qué será lo mejor —aseguró levantando una mano—. Tal vez tú no me necesites, pero Molly sí. Al menos por ahora.

Y dicho aquello, Gail se dio la vuelta y salió del dormitorio, dejando a Nicholas a solas para que se enfrentara a duras cuestiones sobre sí mismo.

Nicholas se bebió el whisky suficiente como para dejar de lado aquellas cuestiones y sus punzadas de remordimiento. A la mañana siguiente, tenía una buena resaca. Después de darse una larga ducha, se dirigió a la cocina con el corazón latiéndole a toda prisa.

—Buenos días —dijo saludando a la doncella con una inclinación de cabeza—. ¿Dónde está Molly?

—Buenos días, señor Barone —respondió ella mientras le servía una taza de café—. La niña está con su madre. Gail dijo que necesitaba tomarse el día libre y lo arregló para que la niña estuviera con su abuela.

Nicholas murmuró algo incomprensible y se dirigió al estudio con la taza de café en la mano. Se preguntó si Gail estaría con Jonathan. Pero a la luz del día, sabía que no era así. Había sido demasiado duro con ella. Le había resultado insoportable verla en los brazos de su amigo, pero Nicholas sabía que los ojos de Gail no mentían. Ella no había mentido cuando se había enfrentado a él en la habitación.

No había mentido cuando le acusó de no confiar en ella a pesar de tener todos los motivos para hacerlo. Era increíble lo que una noche de sueño reparador inducido por el whisky podía conseguir sobre su capacidad de razonar. Nicholas recordó la expresión triste de sus ojos. Ella lo había apartado de sí. Y se lo merecía. ¿Qué demonios podría hacer ahora al respecto?

El teléfono sonó mientras él dilucidaba la situación dándole otro sorbo a su taza de café.

—Lo llamo del Hospital de la Comunidad de Boston. ¿Podría hablar con Nicholas Barone?

—Soy yo —respondió él asustado.

—Hemos encontrado su nombre entre las pertenencias de Gail Fenton como una de las personas a las que avisar en caso de emergencia.

Nicholas sintió que se le paraba el corazón. La taza de café se le cayó de entre las manos y golpeó el suelo.

—¿Gail? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha sufrido un accidente de coche. Está inconsciente, y el médico la está examinando. Hemos tratado de localizar a su hermano, pero nos ha sido imposible.

—Voy para allá —aseguró Nicholas un segundo antes de colgar el teléfono.

Nicholas recorría de arriba abajo el suelo de la sala de espera de Urgencias, lamentándose de que no hubieran trasladado a Gail al Hospital General. Allí tenía contactos, sobre todo su hermana Rita. Pero aquí solo podía limitarse a esperar y a sacarles las respuestas con sacacorchos a las enfermeras.

Sentía en la boca un amargo regusto a miedo y a arrepentimiento. ¿Y si Gail estaba gravemente herida? O peor todavía, ¿y si no salía de aquella? Nicholas se sintió invadido por un sudor frío, y de pronto, el comportamiento que había tenido en las dos últimas semanas cayó sobre él como un jarro de agua fría.

No quería perder a Gail. Ni en un accidente de coche, ni por otro hombre, ni por nada. Ella se había convertido en la persona más importante del mundo para él, y no quería perderla. Ni siquiera quería imaginarse la posibilidad de un futuro sin ella.

Frustrado por no poder estar a su lado, Nicholas se acercó de nuevo al mostrador de las enfermeras. Quería asegurarse de que Gail estuviera recibiendo el mejor trato posible.

—Creo que la señorita Fenton responderá mejor al tratamiento si tiene a alguien conocido a su lado.

—Ha recuperado el conocimiento —respondió la enfermera levantando la vista para mirarlo—. Está en la sala de observación número tres. Preguntaré si puede usted pasar a verla, señor.

Nicholas pasó por delante de la indignada enfermera. Que llamara a Seguridad si quería. Ya había esperado demasiado. Giró a la derecha, caminó por el pasillo y entró en la sala de observación número tres. Una enfermera y un médico examinaban a Gail, que estaba tendida sobre una camilla.

—¿Nicholas? —preguntó Gail incorporándose levemente al oírlo entrar.

—Manténgase echada, señorita Fenton —ordenó el médico—. Quiero que esté lo más quieta posible durante las dos próximas horas.

El corazón de Gail dio un vuelco. Seguía mareada por el golpe y sentía un tremendo dolor de cabeza. Se preguntó si no estaría viendo visiones. ¿Se trataba realmente de Nicholas?

—La señorita Fenton se está recuperando de una conmoción, y tenemos que asegurarnos de que el accidente no ha provocado

ningún daño interno —dijo el médico—. Es importante que no se mueva. Tal vez la ingresemos por esta noche.

Gail cerró los ojos. No podía pensar en Nicholas en aquellos momentos. Le dolía demasiado la cabeza. Le dolía demasiado el corazón. Aunque se hubiera golpeado el cráneo, conservaba la memoria intacta. Recordaba todas y cada una de las palabras hirientes que él le había espetado la noche anterior.

—Así está bien. Cierre los ojos y descanse —dijo la enfermera apretándole suavemente el brazo—. Cuando tengamos los resultados de las radiografías se lo haremos saber.

Gail escuchó el sonido de una puerta al abrirse, y luego cerrándose. Pasó un instante antes de que volviera a sentir otro contacto en el brazo, pero esta vez supo que no se trataba de la enfermera.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nicholas con la voz más dulce que Gail le hubiera escuchado nunca.

—El conductor de un Jeep se saltó el semáforo en rojo —respondió ella tras exhalar un suspiro—. Él no se ha hecho nada. Yo he tenido suerte, pero mi coche está destrozado.

—Estaba preocupado por ti —susurró él en voz baja.

—Me pondré bien —respondió Gail, negándose a leer ninguna segunda intención en sus palabras.

—Las cosas van a ser diferentes a partir de ahora entre nosotros —aseguró Nicholas tras una breve pausa.

—Sí, ya me lo has dejado lo suficientemente claro —respondió ella con el estómago encogido.

—No, me temo que no.

—Oh, yo diría que sí —insistió Gail, incapaz se seguir manteniendo los ojos cerrados—. Me dijiste que me había tomado nuestra relación mucho más en serio de lo que debiera. Me dijiste que podía acostarme con Jonathan, porque a ti no te importaba. Me dijiste...

—He sido un idiota —la interrumpió él lleno de remordimiento —. Lo siento.

—No, tenías razón —aseguró Gail mirándolo un instante antes de apartar la vista—. Me tomé las cosas demasiado en serio. Voy a tratar de dejar atrás lo que pasó entre nosotros. No tengo mucha experiencia en hacerme la dura, pero...

—No —la atajó Nicholas rozándole la mejilla con un dedo—. No quiero que cambies. Soy yo el que he mostrado la actitud equivocada. Mírame.

—No puedo —respondió ella cerrando los ojos—. Me duele

muchísimo la cabeza.

—Bueno, pues entonces escúchame. Estaba equivocado. No entendía qué me estaba ocurriendo. No esperaba que te convirtieras en alguien tan importante para mí. No esperaba que nadie fuera tan importante para mí. Nunca me había sentido tan a salvo y a la vez tan excitado por una mujer.

Gail sintió que se le formaba en el pecho una burbuja de esperanza, pero seguía sin atreverse a abrir los ojos. ¿Y si estuviera sufriendo una alucinación?

—Te amo —dijo Nicholas besándole dulcemente el dorso de la mano—. Te necesito.

Gail trago saliva para pasar el nudo que se le había formado en la garganta. Aquello no podía ser verdad. No podía estar ocurriendo. Había soñado con ello, pero no podía sucederle.

—Creo que será mejor que avises al médico —aseguró ella abriendo los ojos y observando el amor en la mirada de Nicholas—. Me temo que estoy teniendo una alucinación. Acabo de oírte decir que me amas y que me necesitas.

—Y así es —respondió él con emoción—. Y te lo repetiré mañana, pasado y todos los días de tu vida si me dejas.

Tenía que estar soñando.

El médico y la enfermera la tuvieron en observación durante un par de horas más, y luego le dieron el alta tras darle a Nicholas unas cuantas instrucciones. Cuando regresaron a casa, él insistió en que se quedara en su cama, pero no le hizo el amor. A la mañana siguiente, cuando Gail se despertó, se sentía cansada pero un poco mejor. Se incorporó lentamente justo en el momento en que Nicholas entraba en el dormitorio con la bandeja del desayuno.

—Me alegro de que te hayas despertado —dijo besándola en la frente—. ¿Tienes hambre?

—No lo sé todavía —respondió Gail moviéndose con dificultad —. Primero tengo que comprobar que mi cuerpo y mi cerebro funcionan correctamente.

—¿Te sigue doliendo la cabeza, o estás mareada? —se interesó él.

—No —respondió Gail llevándose la mano a la frente.

—Te amo, Gail —dijo Nicholas acariciándole la mejilla.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con el corazón encogido.

—Nunca he estado más seguro de nada.

—Pero, ¿por qué? No soy ni modelo ni una mujer impresionante. Solo soy yo.

—Ay, Gail —susurró Nicholas sacudiendo la cabeza y

atrayéndola hacia sí—. Ya veo que voy a tener que demostrarte que eres la mujer más impresionante del mundo. No sé cómo lo consigues, pero haces que me sienta bien siendo sencillamente un ser humano que no tiene que ser perfecto a todas horas. Y al mismo tiempo, cuando estoy contigo, tengo ganas de ser mejor. Puedo confiar en ti —aseguró inclinándose ligeramente hacia atrás para mirarla—. Nunca pensé que sería capaz de confiar en una mujer como confío en ti. Dejé de sentirme solo en cuanto tú entraste en mi vida.

Las palabras de Nicholas la atravesaron, dejándola momentáneamente sin habla.

—Creo que no lo estoy haciendo muy bien —dijo él exhalando un suspiro.

—Oh, no, lo estás haciendo estupendamente —le aseguró Gail con los ojos inundados en lágrimas—. Pero es que me cuesta mucho trabajo creerlo. Quiero hacerlo, pero tengo la impresión de que necesito que me pellizquen, o que haya algún testigo que me diga que no estoy soñando.

—Muy bien —dijo Nicholas pellizcándola suavemente—. ¿Te vale así?

—Más o menos —respondió ella mirándolo a través de las lágrimas.

Gail sabía que tenía los ojos inundados de amor hacia él, un amor que había ido creciendo en su interior a pesar de sus esfuerzos por evitarlo.

—Muy bien. Y respecto a los testigos, ¿qué te parece cientos de ellos dentro de una semana?

—¿Cómo dices? —preguntó Gail tragando saliva.

—En nuestra boda —respondió Nicholas mirándola con seriedad.

—Boda... —repitió ella moviendo la cabeza en círculos, completamente anonadada.

—¿Tú me quieres? —dijo él levantándole la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Por supuesto que sí —aseguró Gail mientras notaba cómo le temblaban las rodillas.

—Entonces, hazme el hombre más feliz del mundo y cásate conmigo —dijo Nicholas abrazándola con fuerza.

En el corazón de Gail solo tenía cabida una respuesta posible.

Capítulo Once

Exactamente una semana después, con su hermano Adam del brazo, Gail recorrió el pasillo de la preciosa capilla de la catedral de San Christopher. Aquella capillita proporcionaba la atmósfera perfecta de intimidad para aquella boda tan precipitada.

Entre la ayuda de la madre y las hermanas de Nicholas, Gail apenas había tenido que mover un dedo. Ellas se habían mostrado dispuestas a hacerse cargo de todos los detalles con tal diligencia que a Gail la habían conmovido hasta las lágrimas. Toda la familia de Nicholas la había acogido de inmediato, dejándole claro que no sólo le pertenecía a él, sino también a los Barone.

Gail había encontrado el vestido que quería en el taller de un diseñador local, y el dueño se había mostrado más que satisfecho por tener que hacer las modificaciones necesarias para la novia de uno de los Barone. La antigua compañera de piso de Gail, Rose Trent, había accedido encantada a ser una de sus damas de honor, junto con Gina y Colleen. Rita y Maria se ofrecieron para cuidar de la niña durante la ceremonia.

Gail miró a Nicholas y sintió que el corazón le daba un vuelco. Su hermano la tomó de la mano y la unió con la de su novio.

—Cuida de ella y ella cuidará de ti —dijo.

—Lo haré —respondió Nicholas mirándola fijamente.

Solo tenía ojos para ella. Luego repitieron sus votos ante el padre, y Gail sintió que las promesas de Nicholas retumbaban en el interior de sus huesos.

Fue una ceremonia breve y emotiva, y antes de que Gail pudiera darse cuenta tenía un anillo en el dedo y el padre los estaba declarando marido y mujer.

Nicholas le levantó el velo.

—Ha pasado demasiado rápido —susurró ella—. Yo quería retenerlo todo para recordar cada segundo.

—No será necesario —le dijo él—. Yo te recordaré todos los días que te amo, Gail. Todos los días —aseguró sellando su promesa con un beso.

Ella comenzó a llorar de alegría. Por fin había conseguido hacerse un hueco en el corazón de aquel hombre.

Después de abrazar a toda la familia de Nicholas y hacerse decenas de fotos, todo el grupo se dirigió a un exclusivo club del centro para la celebración.

Nicholas la llevó hasta la pista de baile para iniciar el vals.

Aquella melodía tan romántica y el amor que vio reflejado en su mirada se quedarían inscritos para siempre en la memoria de Gail.

—Parece que todo el mundo se está divirtiendo —comentó Nicholas cuando se cansaron de bailar y se retiraron un instante hacia un rincón.

—Desde luego, tu madre sabe cómo organizar un boda —aseguró Gail, todavía impresionada por la habilidad de Moira Barone para coordinar un evento semejante con tan poco tiempo.

—Ella dice que lo lleva planeando desde que cumplí veintiún años —dijo Nicholas con expresión burlona.

Gail soltó una carcajada mientras observaba a Cario y a Moira bailar. Luego divisó a Colleen con un hombre alto de pelo oscuro.

—¿Quién es ese que está con Colleen? ¿Es otro Barone?

Nicholas entornó los ojos para mirar mejor y negó con la cabeza.

—No es de la familia. Que me parta un rayo si no es Gavin O'Sullivan —dijo con una mezcla de sorpresa y alegría en la voz—. Creo que no te lo he presentado todavía. Es un buen amigo mío del colegio. Ha recorrido un largo camino. Cuando yo lo conocí, era un niño que vivía con familias de acogida, y ahora es propietario de una cadena hotelera. Multimillonario.

—Vaya, nunca había visto a Colleen así. Está tan resplandeciente que parece un árbol de Navidad.

—Esto es interesante... Creo que ellos dos tuvieron algo que ver en el instituto, pero mi madre no lo aprobaba porque... Vaya, mira quién viene por aquí —se interrumpió Nicholas.

Gina, vestida con un traje de seda, hizo su aparición con Molly en la cadera.

—La gente quiere saber cuándo vais a cortar la tarta. Si no lo nacéis pronto, creo que la niña va a tomar la iniciativa. No puede apartar la vista de ella.

—Pá-pá-pá —balbuceó Molly antes de girarse hacia Gail.

—¿Quieres probar la tarta? —preguntó ella tomando a la niña en brazos y besándola dulcemente en la mejilla—. Ya verás, te vas poner perdida.

Animados por los gritos de júbilo de los invitados, Gail y Nicholas partieron dos trozos de aquella preciosa tarta de tres pisos y se la dieron a probar el uno al otro. Después, e instintivamente, ella lo abrazó y un grupo de invitados comenzó a silbar para animarlos a seguir. Gail aguantó la broma y en cuanto pudo se escapó hacia el cuarto de baño.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó a su hermano al cruzárselo en el camino.

—Es una fiesta estupenda —respondió Adam abrazándola—. Me alegro de verte tan contenta. Tú siempre quisiste tener una gran familia.

—Nunca he sido tan feliz —confesó ella—. Pero no es momento de emocionarse. Dime, ¿han podido venir los amigos que habías invitado?

—Sí, Steven Conti no dudó en acudir en cuanto le dije que tu antigua compañera de piso, Rose Trent, iba a estar aquí. Lleva tiempo queriéndole echar el lazo. Mencionó algo sobre que en su familia no eran muy partidarios de los Barone, pero no quiso decirme nada cuando le pregunté la razón.

—No puedo imaginarme por qué podrían caerle mal los Barone a alguien —aseguró Gail—. Steven era compañero tuyo en la universidad, ¿verdad?

—Es uno de los pocos que se hizo millonario con Internet y ha conseguido mantenerse en la cima mientras los demás se estrellaban —dijo Adam asintiendo con la cabeza—. Bueno, voy a ver si me como un trozo de esa deliciosa tarta. Ahora te veo.

Gail continuó su camino hacia el cuarto de baño. Después de seguir por un largo pasillo y girar dos veces a la derecha, acabó encontrándolo por fin. Colleen Barone estaba allí, llevándose una toalla fresca al rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó Gail, preocupada al observar sus mejillas coloradas.

—Perfectamente —aseguró Colleen tragando saliva—. Es que he visto a alguien que no esperaba encontrarme.

—Gavin O'Sullivan —dijo Gail ante el asombro de su cuñada—. Os he visto juntos. Nicholas me ha dicho que tú y él...

—De eso hace mucho tiempo —la interrumpió Colleen llevándose la mano a la garganta—. No esperaba volver a verlo y sentir esta... Bueno, ya es suficiente —aseguró aspirando con fuerza el aire—. Eres una novia preciosa, y Nicholas está absolutamente feliz. Me alegro mucho por los dos.

Y tras darle un abrazo, Colleen salió del cuarto de baño. Gail se refrescó un poco y luego se dirigió de nuevo al largo pasillo, pero no escuchó los sonidos de la fiesta. Al parecer, se había equivocado de dirección. Oyó entonces voces en una sala y decidió preguntar. Abrió la puerta y se encontró a Maria en brazos de un hombre alto.

—No he sido capaz de mirar a nadie que no fueras tú —le estaba diciendo él, embelesado.

Gail parpadeó varias veces. Aquel hombre le resultaba conocido. Se quedó allí durante un instante, tratando de hacer memoria.

¿Quién era? Entonces cayó en la cuenta. Steven Conti. Pero su hermano acababa de decirle que estaba interesado en Rose...

Gail sintió una oleada de instinto protector hacia Maria. Se mordió el labio inferior, sin saber qué hacer. Ellos estaban tan concentrados el uno en el otro que no se habían percatado de su presencia. Steven parecía totalmente extasiado ante Maria, y viceversa.

El corazón de Gail se encogió al contemplarlos. Ella conocía muy bien los sentimientos que se escondían bajo las chispas que saltaban entre ambos. Nicholas y ella compartían la misma electricidad y el mismo amor. Steven inclinó la cabeza y besó a Maria apasionadamente. Gail desvió la mirada, y, sintiéndose como una intrusa, dio un paso atrás muy despacio y se marchó.

Distraída por lo que acababa de ver, se perdió varias veces antes de encontrar el camino de regreso a la fiesta. Nicholas la recibió en la puerta en cuanto entró.

—Te he buscado por todas partes —dijo con una sonrisa—. Ya va siendo hora de que tú y yo nos marchemos.

Horas más tarde, Gail estaba desnuda entre los brazos de su marido en la lujosa suite en la que iban a pasar la luna de miel. Ella exhaló un suspiro de placer, satisfecha de que ya hubiera terminado todo el jaleo.

—Todavía no me has dicho por qué no querías esperar a que pasara el día de San Valentín para casarnos.

—Yo no creo en la maldición de los Conti, pero...

—¿Conti? —lo interrumpió Gail, sorprendida—. ¿La maldición de los Conti?

—Los Conti eran los padrinos de mi abuelo, y esperaban que él se casara con su hija, Lucia, pero él se fugó con Angélica. Te lo había contado, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero no mencionaste el apellido Conti —aseguró ella girándose para mirarlo a la cara.

No se cansaba nunca de mirar a aquel hombre, ni de escuchar su voz.

—Y por si eso fuera poco, el hijo de los Conti, Vincent, tenía esperanzas de casarse con Angélica.

—Así que los Conti no estaban muy contentos con los Barone —aseguró ella parpadeando.

—Es una manera muy suave de decirlo. Ya te conté que Lucia lanzó una maldición sobre los Barone.

Gail digirió aquella información y no pudo evitar recordar el beso apasionado que se habían dado Steven Conti y María Barone.

Dudó si contárselo a Nicholas, pero no quería causarle una preocupación innecesaria.

—Basta ya de hablar de los Conti —susurró él colocándola sobre su cuerpo desnudo—. Todavía no hemos terminado con la lista.

—Yo tengo uno de los puntos en mente —dijo Gail deleitándose en el placer se sentir su erección sobre su propio cuerpo—. Incluye helado de Baronessa, mi boca y tú...

Nicholas entró en ella, dejándola momentáneamente sin respiración.

—Mía moglie, il mió cuore —susurró él—. Mi esposa, mi corazón...

—Yo he estado practicando —musitó Gail dejándose llevar por la conexión de sus cuerpos—. t'amero per sempre.

Los ojos de Nicholas se encendieron de pasión, y ella sintió el cordón de terciopelo invisible de su amor estrechándolos.

—Yo también te amaré siempre —dijo.

Y Gail se sintió bendecida, porque supo que ella y Nicholas habían encontrado un amor para toda la vida.